

Raúl Rivadeneira Prada



**EL
TIEMPO
DE
LO
COTIDIANO**



BIBLIOTECA DIGITAL

TEXTOS SOBRE BOLIVIA

**TEATRO, BIBLIOGRAFÍA, LITERATURA, AUTORES, SUS OBRAS Y LO ESCRITO
SOBRE LOS MISMOS, MASONERÍA BOLIVIANA**

LITERATURA

AUTORES, SUS OBRAS Y TEXTOS QUE COMENTAN SUS LIBROS

FICHA DEL TEXTO

Número de identificación del texto en clasificación Bolivia: 5592

Número del texto en clasificación por autores: 3271

Título del libro: El tiempo de lo cotidiano

Autor (es): Raúl Rivadeneira Prada

Editor: Editorial Gramma

Derechos de autor: Depósito Legal No 4 - 1 - 406 - 87

Imprenta: Talleres Gráficos de Editorial "Gramma Impresión"

Año: 1987

Ciudad y País: La Paz - Bolivia

Número total de páginas: 120

Fuente: *Digitalizado por la Fundación*

Temática: Raúl Rivadeneira Prada

Raúl Rivadeneira Prada

Índice

El tiempo de lo cotidiano	1
La florista	9
El estanco	19
La única pregunta	25
El Ritual olvidado	29
El Acompañante	37
El sueño loco	41
Pausa la noche	43
El paquetito	49
El maletín	57
A la salida del mercado	79
La recompensa	87
Un día de julio	99
Los encuentros I	109
Los encuentros II	113
Esquema amarrado	117
No un pipero cualquiera	119
Con latido ¡Anpai!	123
Las voces del incógnito en un país "recolonizado"	127
En un mundo nuevo	131

editorial e imprenta

Gramma Impresión



© Editorial Gramma

Primera Edición, 1987

Depósito Legal No 4 - 1 - 406 - 87

Ilustración de la portada:
Gil Imaná

Índice

El tiempo de lo cotidiano	7
La Burbuja	9
El retorno	19
La única pregunta	25
El Ritual olvidado	29
El Acompañante	37
El nuevo loco	41
Pasada la noche	45
El paquetito	49
El manantial	57
A la salida del mercado	79
La recompensa	87
Un día de julio	99
Los enconados I	109
Los enconados II	113
Bosque enmarañado	117
No un piropo cualquiera	119
Con latín, ¡Ampe!	123
Los voces del insomnio en un país “relocalizado”	127
Eso nunca pasó	131

El tiempo de lo cotidiano

De la más alta rama, cuelga una hoja rezagada. Indiferente, se hamaca sobre sí misma y desdeñosa mira la palidez de la luna.

Ya se han ido todas sus hermanas: con la lluvia y el granizo; con los bravos ventarrones, por el camino del agua, de la mano del otoño. Ella se creía invulnerable y predestinada a ver los próximos retoños sin abandonar jamás las alturas.

De pronto, vacila, oscila, se desprende y cae de espaldas; se incorpora y va de bruces. Baja desconcertada por el tronco del álamo.

Viene el viento y se la lleva por el borde de la acera, por el medio de la Villa y sin compasión la arroja en cualquier alcantarilla.

La Burbuja

Poco a poco, fue convirtiéndose en un refugio aquella invisible pompa de jabón que bautizaron con el nombre de La Burbuja.

Estaba hecha de pedacitos de viernes e interminables miradas sin parpadeo; de horas y horas frente a frente; de un cielo azul que compartían echados sobre el zacate; de una taza de café y un cigarrillo.

Estaba hecha también de un ramillete de rosas rojas que, algunas veces, abrían todos sus pétalos; otras, languidecían sobre sus tallos, pero que de todas maneras ella esperaba con ansiedad cada semana.

Un Volkswagen azul estacionado en “El Mirador”. Afuera, el mundo material lejano, distante y distinto, mecanizado y rutinario. Adentro, ellos podían abstraerse del tiempo y destruir sus relojes. Lo hicieron varias veces. Luego, escuchaban sólo los latidos de sus corazones. Hasta se permitían el lujo de juzgar su propia realidad externa:

— Somos unos locos. Esto no puede ser.—
La Burbuja sonreía con dos bocas y cuatro ojos.

Al parecer, ellos mismos la construyeron sin darse cuenta, despacito, como jugando... O tal vez ella estaba aguardándolos desde hacía muchos siglos y cuando los vio juntos por primera vez decidió capturarlos para sí y brindarles sus regiones luminosas y tibias donde el pensamiento se hace más claro y la percepción impecable; donde podían vivir intensamente cada instante. Dentro de ella, su juego favorito consistía en atrapar milésimas de segundo y no dejarlas transponer las fronteras del cambio.

¡Cómo se reían —vanidosos— del gran Heráclito! Ellos sí se bañaban dos, diez, mil veces en el mismo río que discurría sus aguas frescas dentro de La Burbuja donde el tiempo detenido se tornaba eternidad dócil y blanda. El río les pertenecía exclusivamente a ellos, tal como sentían la posesión absoluta de sus momentos compartidos.

La Burbuja volvía a extasiarse con sus dos bocas y sus cuatro ojos. En ese estado, nada se decían. Afuera, seguramente marchaban las horas marcial e inexorablemente. Adentro, hervía una sola sangre, podía oírse un solo latido, pensarse un solo pensamiento y vivirse una sola vida inmensa como la lejanía que, de rato en rato, hacía de marco de referencia o nota de prevención a su ensimismamiento compartido, a su única, absoluta y distinta realidad.

Se daban cuenta de que había dos dimensiones del tiempo cuando súbitamente se alejaba la mágica burbuja, como atraída por una fuerza misteriosa y los dejaba a expensas del reloj resucitado. Entonces, agachaban la cabeza, acongojados, y se separaban con el pensamiento fijo en el próximo encuentro.

No sabían cómo —ni lo sospechaban siquiera— hacían para reunirse en el sueño y el ensueño:

— ¿Has estado comunicándote conmigo?

— Sí, todo el tiempo.

— Pasé la noche con los ojos redondos, como de lechuza, y te sentí quietecito abrazado a mi cintura. Vuelve siempre, te lo suplico.

Y, al otro día, volvieron a La Burbuja. Había allí el mismo paisaje de infinito cielo tachonado de brillantes, como una promesa lejana con sabor a inalcanzable.

Tenían los blandos arrullos de la Sexta y Novena sinfonías de Beethoven. Reposaban, tomados de la mano, meciéndose en los amplios divanes de Johann Strauss, y, al amparo de la antigua ley del encantamiento, se extraviaban en los bosques del amor.

La Burbuja los llevó por los caminos de Ingmar Bergmann, Hesse, Nietzsche, Debussy, Neruda y Baudelaire. Una mañana temprana, les mostró la grandeza de Teotihuacan y un sábado a medianoche los condujo por las rutas de Comala.

Cada “aburbujamiento”, como ellos llamaban a ese estado de incanjeables vivencias compartidas, les daba la sensación de que se engendraron juntos en la misma burbuja, hace millones de siglos, y que por alguna razón desconocida fueron arrojados de su paraíso y confinados o encerrados en prisiones diferentes. En ocasiones, creían firmemente que La Burbuja había quedado vacía cuando algo o alguien hizo un tajo en su transparente esfera y obligó a sus moradores a salir de ella, condenándolos a errar por rumbos opuestos.

Sostenían que La Burbuja tuvo que restañar su herida durante siglos y después buscar a sus naturales habitantes. Los había encontrado y ahora no estaba dispuesta a perderlos. Pero, esta era sólo una de las tantas teorías imaginadas en su afán de darse una explicación. También supo-

nían, que ellos inventaron La Burbuja y la crearon ahora, no antes, milímetro a milímetro, paciente-mente y que la hicieron frágil, a propósito: como un ensayo magistral digno de dos castalios, y que podían asistir sumisos al acto de su desintegración o provocarlo en cualquier momento. Sabían so-bridamente que la “realidad” externa era muchí-simo más fuerte. Tenían plena conciencia —de- cían— de esta verdad. Y afirmaban que esto no les acusaba mayor preocupación.

— La Burbuja explotará en cualquier ins- tante, como una pompa de jabón.

— Sí, eso pasará...

Entonces, La Burbuja dejaba de sonreír, pero brillaban intensamente sus cuatro pupilas alum- brando el recuerdo de tardes consagradas al apren- dizaje: un poco de francés y otro poco de ale- mán. El comentaba sus últimas lecturas y le de- cía que había hallado parte de su propia identi- dad en la de Joseph Knecht. Ella le escuchaba embelesada; después, le tocaba el turno y se exta- siaba con sus comentarios sobre la magia de la danza, era cuando él absorbía la poesía del rela- to y se imaginaba verla encarnada en el Lago de los Cisnes.

Crearon un lenguaje que nada tenía que ver con los signos conocidos porque prescindieron de

estructuras determinadas por la tradición. Su idioma era esencialmente unívoco, sin el menor margen de ambigüedad, con significados plenos, invariables, sólidos: un lenguaje efervescente y espontáneo que florecía en las paredes de La Burbuja y que de todas partes confluía hasta el núcleo.

También estaban seguros de que La Burbuja era esférica. Cuando él hizo esta observación con el añadido de que es "obvio" que así sea, ella le respondió: "Las cosas obvias son las más difíciles de entender y de hacer que los demás entiendan".

Su lenguaje era capaz de expresarlo todo en el relámpago de una palabra, en una mueca de los labios, en la chispa del encuentro de sus miradas. Claro que no siempre estaban de acuerdo, pero hicieron de la tolerancia una regla básica de convivencia. Y, para alcanzar este nivel comunicativo, crearon su propio idioma... O lo aprendieron dentro de La Burbuja.

Es por eso que sólo puede describirse pobremente lo que es la dicha pompa de jabón. Jamás podrá ser explicada cabalmente por quienes desconozcan La Burbuja y sus signos. Esta convicción les hacía felices porque sabían muy bien que poseían algo auténticamente suyo y que había sido negado a los demás lo cual les hacía mirar el entorno con un dejo de tristeza.

Acudían a La Burbuja con más frecuencia, enemigos declarados como eran de la agobiante rutina, porque dentro de su mundo todo era novedoso y paradójicamente en un tiempo detenido. ¿Cómo podían suceder tantos cambios y disfrutar de tanto movimiento con estos maravillosos materiales que las manos y la mente transforman en arte, si el tiempo se halla inmóvil?

— Contentémonos con el deleite del misterio y dejemos la indagación de sus orígenes a otros—, se decían. Pero, tenían prisa por absorberlo todo a la vez y embeberse el uno del otro, como si sospecharan la proximidad de la venganza del tiempo.

— ¡Cuántas cosas hemos hecho juntos en tan pocos momentos!

— Muchas, tal vez más de las que podíamos imaginar.

— Y, ¡cuántas nos faltan por hacer!

— Muchas más todavía...

Nunca perdieron la noción del tiempo convencional, lo que prueba que vivían alternativa-mente en dos planos: el de la realidad hecha desde fuera y por los de afuera, y el de la realidad construida por ellos mismos y sólo para ellos.

La primera vez que tuvieron que separarse

hubo un lamento quedo, casi silencioso que humedeció las cimas de las montañas. De la roca brotaron flores diminutas de colores nunca vistos. Se encontraron de nuevo en medio de esa maravilla y él le dijo a ella:

— Cuando se hayan secado estos jardines crecidos en la piedra será la señal infalible de que ha acabado el generoso préstamo de la dicha. Busca entonces una rosa de jueves y deposítala sobre una piedra en la montaña más alta, lejana y silenciosa. Allí estaré esperándote.

El lamento se hizo estruendo de lluvia, pero sólo para ellos; los demás no escucharon nada porque tenían los oídos tapados por otros ruidos y rumores mundanos que les impedía escuchar los quejidos del silencio de los enamorados. Y fue mejor así, porque, de lo contrario, se habrían enterado de la existencia de La Burbuja y la habrían despedazado, con todo y sus moradores.

Vieron con mayor claridad, a partir de entonces, que La Burbuja estaba hecha de sus juegos infantiles, que había crecido con ellos y fortalecido al extremo de blindarse contra todo peligro externo, pero, para todo esto, habían tenido que reconocer la imbatible fuerza del tiempo. La Burbuja y el tiempo eran incompatibles. El tiempo los arrastró por caminos opuestos, pero ellos sabían que, de ahora en adelante, La Burbuja los

El retorno

— Obedezco, sumisa, el llamado de mi herencia: esa voz inaudible que corre por las venas y te hace restregar los ojos para espantar el sueño y la tentación del olvido...

Una es lo que es, pero hasta llegar a comprenderlo y sentirlo en la misma médula de los huesos hay que pasar por los estrechos túneles de la humillación; hay que lidiar con la propia piel que te traiciona al menor descuido para acunarse en otro clima.

Por eso he vuelto y estoy aquí, contemplando de nuevo los pies desnudos del amanecer en ese niño andrajoso y hambriento...

La mujer que así hablaba tomó la taza con la punta de los dedos y sorbió un poco de café. Pasó el índice por la comisura de los labios y levantó la cabeza. Tenía los ojos enmarcados por dos largas y onduladas filas de pestañas renegridas y sombras azulinas en los párpados. Estaba prematuramente envejecida y no podía ocultarlo, a pesar del grueso maquillaje que a cada gesto suyo comenzaba a agrietarse.

— Me va muy bien en Goldeslandia. Sería indigno de mi parte andar con lamentaciones —prosiguió—. Tengo un buen trabajo, un marido excepcional, laborioso, responsable, inteligente y fiel; dos hijos con los pies bien puestos sobre la tierra, ellos son mi adoración. Poseo una casa cómoda y elegante, con alberca y jardines; dos automóviles, ahorros en un banco, viajes de vacaciones... ¿Qué más se le puede pedir a la vida sin que la conciencia nos acuse de codicia? Tengo todo eso y podría tener más, si lo quisiera, pero, —y esta no es una queja sino una meditación recóndita del alma— no basta para despejar la persistente sensación de vacío y soledad que se apodera de mí cada vez con mayor fuerza. Ahora soy ciudadana de Goldeslandia, con papeles en regla. Vivo allí desde hace veinte años —ahora lo comprendo bien— adherida a esa forma de vida, mas no entregada del todo a ella. Aprendí a comunicarme en su lengua, pero jamás a sentir en ese idioma...

Iba a continuar, pero se detuvo bruscamente. Pareció acordarse de algo importante. Esbozó una sonrisa y dijo:

— Antes, déjame presentarte a mi familia— Abrió el bolso de cuerina roja que tenía sobre sus cortas y robustas piernas y extrajo de él un pequeño portarretratos plegable y continuó hablando:

— Este es mi hijo mayor. El próximo año sale de la escuela secundaria y quiere ser técnico en construcciones. Esta es mi hija, acaba de cumplir los quince años. Es la intelectual de la familia: ama la literatura y escribe versos... Este es mi marido. Hace deportes y vende pólizas de seguros de una gran compañía... Esta soy yo, —¿he cambiado mucho, no?— en la última fiesta de Año Nuevo.

Extrajo un cigarrillo, lo encendió pausadamente y se quedó mirando cómo se consumía el palo de fósforo dentro del cenicero de barro. Lanzó un par de bocanadas de humo por encima del mechón rojizo que le caía sobre la frente y siguió mostrando sus fotografías.

— Estas son de aquí, un poco dañadas por el uso. Me acompañan a todas partes. Sí... los recuerdos ayudan a vivir y sobrellevar los cambios forzosos. Son patrimonio íntimo e intransferible. Vivo un tanto aferrada a ellos. Les he hecho un lugar en la maraña cotidiana para huir un poco de

la monotonía perversa, de la rutina estéril y tener un refugio donde el espíritu se proteja del acoso del olvido.

Llevo conmigo estos recuerdos: el viejo caserón de teja y cañahueca, con sus gradas interiores y, al fondo, los cuartos de mi infancia. Veo aún a mi padre recostado en el sillón de la sala saboreando el licor de mandarina que él mismo preparaba y dejaba macerar en el armario del corredor. Veo a mi madre repartida entre el taller de costura, la lavandería y la cocina, con su delantal floreado, con sus ojos pequeños vivaces y sufridos que jamás perdieron el brillo de la bondad y la esperanza. En medio de estas nostalgias, siento el beso tímido y tierno de aquel estudiante de filosofía que fue mi primer amor y al que nunca más volví a ver. Supe que había muerto a los tres años de mi ausencia.

Estos y otros recuerdos son maravillosos y una se aferra a ellos y quiere conservarlos para siempre, y estar segura de que ha de disfrutarlos por mucho tiempo. Pero, eso no es posible. El precio de vivir en Goldeslandia es muy alto: se cotiza en sobresaltos y temores a la vuelta de la esquina, teniendo por inseparable compañera a la incertidumbre. A cada instante, tomas allí conciencia de la provisionalidad de tu vida bajo la presión de la psicosis colectiva por el accidente fatal, la guerra nuclear, el asalto de un demente... Vives con el vértigo de la velocidad en las auto-

pistas carcomiéndote las entrañas, convertida en un ser indefenso, librado a su propia destreza y a la imprudencia de los demás, entregado al azar... Por eso he vuelto, a encontrarme con el tiempo lento donde la fruta madura a su debido tiempo. Por eso he venido y vendré más a menudo. Porque es horrible vivir todos los días con la sensación de que esa misma noche estarán preparando tus funerales. Porque es espeluznante tener que despedirse de la familia, cada mañana, diciendo: "Dios quiera que esta tarde nos reunamos todos, sanos y salvos".

Tenía los ojos húmedos. Se levantó de prisa y caminó hacia la ventana desde la cual se divisaba la misteriosa e inmensa blancura del Illimani, a esa hora apenas coronada de una nube grisácea e inmóvil. Apoyada en el alféizar, murmuró débilmente su promesa de retorno.

—Ya ves, nada ha cambiado— dijo tratando de convencer a sí misma de que sus veintitantos años de ausencia podrían volverlos con sólo pronunciar la misma frase. Bien sabía que no era así sin embargo, prefirió sentir el juego de su propia ilusión.

Hace años, había escrito en una servilleta de papel, y hoy lo recordaba en el momento en que

La única pregunta

Después de contemplarla largo rato, se le ocurrió caminar con ella por la Calle Hundida para mostrarle que seguían allí las baldosas sueltas, los aleros de cañahueca, el viejo poste de luz y el aldabón de bronce que nunca se tocaba antes del beso de despedida.

— Ya ves... nada ha cambiado— dijo tratando de convencerse a sí mismo de que esos veintitantos años de ausencia podrían esfumarse con sólo pronunciar la mágica frase. Bien sabía que no era así; sin embargo, prefirió seguir el juego de su propia ilusión.

Hace años, había escrito en una servilleta de papel, y hoy lo recordaba sin el menor esfuer-

zo: “Todo el universo se reduce a una mota de polvo ante el estallido de emoción que causa el evocarte...”

En otro tiempo, le pareció exagerado semejante elogio al amor ausente, pero ahora estaba seguro de que la frase estaba hecha de buen acero.

— De noche se despereza el recuerdo. Por algo será— murmuró como si le confiara un gran secreto al oído.

Al pasar por una calle, se detuvo junto a la puerta mal cerrada de cuya rendija salía un hilillo amarillento y con él los aires de una entrañable melodía.

— ¡Espera... Escucha..!

“... y si es mío el amparo/de tu risa leve que es como un cantar...”

Tocó la puerta y le abrieron. Había una mesa libre. Pidió un “chufly” y se lo sirvieron. La canción terminó. Nadie reparó siquiera en la mesa recién ocupada. Los otros parroquianos festejaban el cumpleaños de una pareja de enamorados nacida el mismo día: 5 de junio.

— Ya ves... nada ha cambiado— volvió a decir y pidió otro trago, pero esta vez ordenó que le dieran licor de mandarina, como el que le

gustaba al Viejo Andaluz de la Calle Hundida. Le trajeron el licor en copa larga y delgada. Sorbió despacio y, fijándole la mirada en los ojos negros, le habló:

— Déjame hacerte la única pregunta: ¿dónde se ha extraviado tu media sonrisa?

No hubo respuesta. Estaba hablando con un retrato.

Los hermanos Hualpa desmontaron de sus caballos, anudaron las bridas en un travesaño de palo y corrieron a la casa del cura.

— "Corran, vuelan si es preciso, no quiero morir sin haberme confesado". Las palabras del viejo Nicasio resonaban en los caminos de Hualpa y Jacinto. El viento blanco de la luna se colaba por el grueso poncho. Las orejas estaban adormecidas. — "Corran, vuelan si es preciso...", retumbaba en la sien, persistente.

Dos leguas separaban la casa de Nicasio del poblado de Chocoma. Los jinetes tuvieron que fastigar a las bestias para obligarlas a un galope sin descanso. Detrás de los cambalaches, se oían

El Ritual olvidado

Los hermanos Huallpa desmontaron de sus caballos, anudaron las bridas en un travesaño de palo y corrieron a la casa del cura.

“Corran, vuelen si es preciso, no quiero morir sin haberme confesado”. Las palabras del viejo Nicasio resonaban en los cerebros de Eulalio y Jacinto. El gélido viento de la puna se colaba por el grueso poncho. Las orejas estaban adormecidas. “Corran, vuelen si es preciso...”, retumbaba en la sien, persistente.

Dos leguas separaban la casa de Nicasio del pueblecito de Chocana. Los jinetes tuvieron que fustigar a las bestias para obligarlas a un galope sin descanso. Detrás de los caminantes, se oía

ahora el resuello de los animales que hundían las narices en el hueco de sus patas anteriores.

— ¡Tata Gervasio, Tata Gervasio!— El puño de bronce del portón quebró el silencio de esa noche. Recorrió la estrecha callejuela y se perdió en la pampa arrastrado por el viento entre los silbidos de la pajabrava.

Crujió la pesada hoja del portón. La figura del Tata Gervasio emergió larga y oscura ante los ojos achinados de los visitantes. El mechero desprendió un olor a grasa quemada y alumbró tenuemente los pronunciados pómulos de los Huallpa. Antes de que el viento arrancase al mechero su vacilante candela, el cura dejó pasar a los viajeros.

— ¡Qué hay! Estas no son horas para que un cristiano ande haciendo algo bueno.

— El abuelo Nicasio se está muriendo —dijo Jacinto.

— Nos ha mandado llamarte para que le recibas su confesión— agregó Eulalio.

— ¿Dónde está la casa?

— A dos leguas de aquí, en la ladera del Mallku— respondió Jacinto.

El viejo Nicasio había sido toda su vida un tipo raro. Sólo se sabía de él que llegó a Chocana hace muchos años, con una escopeta, montado sobre una mula a la que seguía otra en que viajaban dos pequeños. Cuando los vecinos le preguntaban de dónde venía, cuál era su pasado, Nicasio fruncía el ceño, daba media vuelta y se iba. Siempre había sido así.

— ¡Levántate, muchacho!— Santiago abrió los ojos perezosamente y empezó a vestirse. Había ido a pasar una temporada con el tío Gervasio, antes de ingresar al Seminario. Tata Gervasio le instruyó que pusiese en el maletín estola, frasco de agua bendita, santos óleos, sobrepelliz y el ritual. —Ensilla también el caballo— completó la orden.

Tomado de la cintura del tío con una mano y con la otra asiendo el maletín de mano, iba Santiago. Eulalio y Jacinto iban adelante, moderando el trote de sus bestias para no alejarse demasiado. Los cascos levantaban nubecillas de polvo que se envolvían en las patas de los animales. Era pasada la medianoche, a juzgar por la posición de la luna. El viento soplaba de frente. Santiago se protegía metiendo la cabeza en las anchas espaldas del cura.

El camino de herradura serpenteaba hasta hundirse en la quebrada que a esa hora dormía el sueño de la escarcha, para reanudar su travesía

con los primeros rayos del sol y fundirse en el lago.

Los jinetes eran sombras movedizas sobre otras sombras en el páramo apenas alumbrado por la luna de cuarto creciente.

— ¡Ya llegamos Tata Gervasio!— gritó Eulalio. El rancherío del Mallku se aproximaba diseñando su figura de paredes grises, techos de pajabrava y cercados de piedra y barro. El lamento de una quena hizo estremecer al cura. Le hacía eco el aullido lastimero de un perro, de esos que de día corren a la vera de los caminos, con el hocico levantado, a ver si alguien les arroja algo desde los camiones.

De la choza de Nicasio se desprendía una lucécilla como de luciérnaga agonizante. Yacía el viejo en el camastro. En la cabecera, un cuadro del Señor de Lagunas. La luz de la lamparilla de querosene estampaba cuatro sombras sobre las paredes blanqueadas. Las sombras se doblaban en ángulo recto sobre el techo y daban la sensación de que se descolgarían en cualquier momento.

— Abuelo, abuelo ... aquí está el Tata Gervasio— dijo Jacinto, inclinándose sobre el lecho. Las rugosas manos del viejo se aferraron a las cobijas. Trató de incorporarse, pero no pudo.

Tata Gervasio abrió el maletín y pidió que lo dejaran a solas con el anciano.

— Ave María Purísima— empezó el sacerdote. Después de la confesión y absolución, el rostro de Nicasio perdió su palidez. Sus labios se encarnaron y sus ojos recobraron el brillo de la vitalidad. Sin embargo, eso fue tan fugaz como un parpadeo. El viejo sintió que la luz de la lámpara se extinguía y las imágenes se dispersaban como montoncitos de arena barridos por el viento. Tata Gervasio permanecía de rodillas, rezando en voz baja, con el ritual en la mano. Los Huallpa y Santiago entraron sin decir palabra cuando el cura ponía los Santos Oleos sobre la frente de Nicasio.

— Resignación. La muerte es la resurrección a la vida eterna— dijo melancólicamente el cura. Los Huallpa asintieron con la cabeza.

Tata Gervasio y Santiago llegaron al pueblo al amanecer. Después del mediodía, Gervasio pidió el ritual. El sobrino fue a buscarlo. Volvió sin él.

— No está, tío. Lo hemos dejado en la choza del hombre que murió anoche.

— Pues vas a traerlo inmediatamente— ordenó y después modificó el encargo: —Ensilla la

mula también, que si vas solo traes el ritual, pero olvidas la cabeza.

De día, el camino seguido la noche anterior parecía más llano. A un lado, el lago tenía un aspecto verdoso en calma. Las montañas del otro lado exhibían polleras de azul grana tachonadas de arbustos amarillos. Hilos plateados bajaban del arroyo rumoroso. Cuando los jinetes llegaron a la ladera del Mallku, reconocieron el rancherío.

Santiago llamó varias veces a la puerta.

— Parece que no hay nadie— dijo.

— Habrán ido al entierro— contestó el tío.

La puerta estaba cerrada con candado. Atisbaron por la ventanilla, pero no veían nada: lo impedían hojas amarillentas de periódicos adheridas a los vidrios por dentro.

Se aproximó un campesino.

— Buenas tardes Tata— saludó, despojándose el sombrero.

— Buenas tardes, hijo. ¿Vives por aquí?

— Sí, Tata.

— Puedes indicarnos por dónde se va al cementerio?

— Tienes que subir arroyo arriba y bajar una como lomita— indicó el campesino y se fue al trote en dirección opuesta.

Tata Gervasio y Santiago apresuraron el paso. En el Camposanto reconocieron una tumba fresca entre no más de doce. Sobre la rústica cruz pendía una corona de flores silvestres marchita. La tierra amontonada presentaba señales de que el entierro se había realizado hacía varios días. El cura retiró la corona y dejó descubierta esta inscripción: Nicasio Huallpa 29-5-70. El cura se sintió turbado. Miró su reloj fechador una y otra vez: era el 13 de junio de 1970.

Presintió que se trataba de una equivocación o una broma de mal gusto. Hizo una señal a su sobrino para volver a la casa de Nicasio. Forzaron la puerta de entrada. Allí estaban el camastro, el cuadro del Señor de Lagunas, la lámpara de querosene. Los ojos del cura se clavaron en un cajón de madera que servía como mesa de noche. Ahí estaba el ritual con una capa de polvo sobre la cual Gervasio trazó una línea diagonal. Tomó el libro y debajo de él apareció espantada una araña blanca que había comenzado a tejer su tela...

El Acompañante

La primera vez, pasó casi inadvertido: podía ser un empleado de pompas fúnebres o un pariente lejano del muerto. Estaba de pie, con los brazos cruzados, entre las coronas de flores, como una estatua de cera: pálido y flaco; nariz aguileña y ojos hundidos, extraviados en cualquier parte... Vestía traje negro verdusco con las solapas y el cuello lustrosos y los puños gastados.

La segunda, tercera y siguientes ocasiones, era el primero en llegar al velatorio y el último en retirarse del panteón después de haber comprobado que el sepulturero había grabado el nombre del difunto sobre la superficie de yeso fresco, en la tapa del nicho.

De tanto verlo en cada entierro, la gente le dio el nombre de El Acompañante, aunque otros preferían llamarlo “El Deudo de todos los muertos”, porque nunca faltaba a los sepelios. Algunos comenzaron a guardarle prudente distancia cuando se rumoreó que el misterioso doliente había estado en dos o más sitios al mismo tiempo. Y, además del don de la ubicuidad, le atribuyeron otros poderes con los que era preferible no tener trato alguno.

Años y años de ir acompañando entierros fueron más que suficientes para que el hombre se hiciera parte imprescindible de toda ceremonia fúnebre. Los demás se acostumbraron a no hacerle preguntas porque ya sabían que jamás contestaba ni le abría charla a nadie.

Lo importante es que estaba siempre ahí: en los funerales de los ricos y los pobres; de los notables y de la gente común; de los párvulos y los ancianos; de los que morían de muerte natural y de los ajusticiados y suicidas.

Hasta que un día dejó de concurrir a sus citas. Fue el Día de Difuntos. Se atrasaron todos los entierros durante varias horas, precisamente porque El Acompañante no llegaba. Faltó a la inhumación de los acribillados el día anterior en la Plaza San Francisco y en El Alto de La Paz.

Como el cementerio cerraba sus puertas a las seis de la tarde, hiciera sol, lloviera o tronara, los muertos fueron llegando de todos lados, en carrozas de lujo, en camionetas destartaladas o en hombros de amigos piadosos, y se pusieron en fila, ordenadamente, para recibir sepultura. Y, El Acompañante... ¡Nada!

Al final de la larga fila, dos hombres de negro seguían el lento recorrido cargando un féretro de madera rústica. Uno de ellos llevaba la orden de inhumación debidamente firmada y sellada. Pasaron por la capilla donde el cura dijo un responso y echó agua bendita sobre el cajón.

Ubicaron el lugar exacto donde debía ser enterrado:

“Cuartel Q-8, Nicho 6. Tercera Fila”

Miraron una y otra vez en el papelito de la Administración de Cementerios. No había duda, ese era el lugar, pero... el nicho estaba ocupado y sobre la blanca superficie de yeso se leía la misma inscripción que la del documento oficial:

“N.N. Sexo masculino. Fecha de fallecimiento: 1o. de noviembre de 1979”.

El nuevo loco

El mismo día que murió el loco Tiki-Tiki las cosas se pusieron patas arriba en Rumimarca. Se invirtieron todos los papeles: los acreedores se convirtieron en deudores: los sanos enfermaron y los enfermos recobraron buena salud; los tontos se volvieron inteligentes y los sabios estúpidos; los ladrones empezaron a actuar con impecable honradez y los virtuosos cometían las peores fechorías.

Se fueron acostumbrando tanto a esa nueva forma de vida que llegó a parecerles muy natural que el único preso del pueblo, convicto de asesinato, ocupara ahora el estrado del juez y que éste aceptara ponerse voluntariamente entre rejas.

Este estado de cosas encontró el anciano Tucuy Yachaj cuando bajó a la comarca desde su choza de Cerro Lagarto donde una vez cada treinta días recibía la visita de los amautas y les daba consejos. Ahora, había bajado al pueblo para averiguar por qué los amautas no se habían presentado a la última cita.

Se dirigió lentamente a la casa del jilacata y encontró en su lugar un chivo de cornamenta plateada. Buscó a los amautas y lo recibieron siete chiquilines que practicaban el arte de la adivinación con trocitos de papel periódico arrojados al aire.

Tucuy Yachaj preguntó quién era el último difunto de la comunidad.

— El loco Tiki—Tiki—, le dijeron y todos siguieron afanosos en sus ocupaciones y pasatiempos.

— Esto no puede seguir así— protestó el anciano consejero cuando vio que los niños se emborrachaban en las chicherías y que los adultos jugaban a las bolitas y remontaban barriletes en media calle.

Se fue y volvió a los tres días. Entró al pueblo relinchando y dando coces al aire para que todos advirtieran su presencia. Cuando ya todo el pueblo estuvo reunido en la plaza, habló:

— Necesitamos un nuevo loco para que todo vuelva a la normalidad...

— ¡Ya lo tenemos!—, gritó una vieja desdentada y le señaló con su dedo arrugado y corvo.

Desde entonces, cada atardecer, se oye por el rumbo de Cerro Lagarto un relincho largo que dispersa el viento.

Pasada la noche

A la hora del ocaso, contempló desde su ventana el añil rojizo esparcido en el cielo nuboso de noviembre. Algo lo llamó repentinamente a la calle, no presentimiento alguno ni deseo ni necesidad: algo.

Ya estaba allí, confundido con las siluetas recortadas de otros caminantes que, a la luz mortecina, parecían muñecos de cartulina negra movidos por hilos invisibles, sobre aceras y paredes. El seguía de largo, con las manos en los bolsillos y el cuello del abrigo levantado hasta las orejas.

Los otros pasaban de prisa, en la misma dirección o en sentido contrario, como sombras y se iban disipando hasta dejarlo solo, completamente solo.

Prosiguió sin el menor titubeo. Carecía de una idea fija que pudiera considerarse la causa de un paseo destinado a la meditación. Por lo menos en este momento, no tenía consigo mismo ningún asunto pendiente. Sólo acataba un mandato de procedencia desconocida, un impulso.

Miró hacia arriba. El cielo tenía ahora un aspecto gris oscuro, pero en calma, con grata apariencia de quietud, cortada de cuando en cuando por el viento.

Poco después, empezaron a caer gotas gordas y tibias. Continuó su camino por una calle angosta, tenuemente iluminada. Veía caer el agua como puntos suspensivos al trasluz de los focos. Caminó hasta que se dio cuenta de que la mitad de su cuerpo estaba dentro de la lluvia y la otra mitad en territorio seco.

Quedó como adormecido y con la extraña sensación de haber descubierto la frontera de la lluvia, y así era, pero este placer y privilegio habían de durarle muy poco, porque tuvo la torpeza de volver sobre sus pasos, alocado, en busca del otro lado de las cosas.

Pasó por la ciudad, atravesó los campos... Seguía lloviendo. Extenuado, se sentó sobre una piedra y alzó los ojos al aguacero. Entonces, comprendió que el origen de la lluvia no estaba en el otro extremo del camino, sino en el misterioso

conjuro de fuerzas en aquel horizonte que ahora le inspiraba miedo porque empezaba a lanzar relámpagos y truenos.

El hombre emprendió el retorno a casa, en medio de la tormenta. No pudo llegar porque una avalancha de agua y barro bajaba furiosa por la Calle Inclinada. Esperó, guarecido en una tejavana, a que escampara, hasta que le sorprendió el alba. Con las primeras claridades, pudo reconocer en el lodo algunas de sus cosas: un calcetín verde, el álbum de fotografías, un libro de poemas de Bécquer, hojas de periódicos y el reloj despertador de campanillas, destripado. Tomó el reloj entre sus manos y se quedó contemplándolo, sentado donde había pasado la noche.

El paquetito

Después de tantos trámites consulares: llene usted estos formularios verdes, enseguida los amarillos; las hojas rosadas no, son para uso oficial. Faltan el certificado de depósito bancario y la garantía hipotecaria. Que firmen dos personas solventes. Haga fotocopiar sus boletos de ida y vuelta y su carnet de identidad. Bueno... regrese a fines del próximo mes.

Y cada vez que iba a preguntar recibía la misma respuesta: No, aún no ha llegado la orden de nuestro Departamento de Migración. Tendrá que esperar unas tres semanas más.

En todo esto, se le habían ido seis meses, hasta que — ¡por fin!— tenía la visa en la mano.

La contemplaba, leía y releía, mientras se imaginaba ya en Europa y cómo sería el abrazo con el hijo amado después de doce años. Iba a conocer a la nuera y los nietos. ¿Sabrán castellano? ¿Serán afectuosos o educadamente fríos como todos los niños alemanes?

No hablaba de otra cosa: Que mi viaje así y asá, que si le mando un telegrama al Luchito o mejor le hablo por teléfono. ¿Qué tal si me presento de sorpresa? ¡Ay! qué emocionante.

La víspera de su viaje, doña Natty recibió la visita de una amiga que fue a congratularla y entre plácemes y plácemes a pedirle que, por favor, le llevara un paquetito a su hermano: en realidad, un sobre mediano que no pesa casi nada. El te estará esperando en el aeropuerto para que no te tomes la molestia de ir a buscarlo. Le será fácil ubicarte, te conoce por fotografía.

Recibió el paquetito en el aeropuerto y lo metió precipitadamente en el bolso de mano porque justo en ese momento una voz meliflua decía por los altavoces: “Última llamada a los pasajeros del vuelo 919 de la Compañía Airfly con destino a Frankfurt. Sírvanse abordar la nave por la puerta de embarque número tres”.

A bordo del jet, cruzando el Atlántico, después de una comida opípara, a doña Natty se le ocurrió despachar a casa una tarjeta postal que en-

contró en la bolsa elástica del asiento delantero. Pondría: “Hermoso vuelo. La atención, una maravilla. En mi reloj ya es casi medianoche. Escribiré largo a mi llegada. Besos, Natty”. Buscó el bolígrafo en la cartera. No estaba. Se acordó que lo había guardado en el bolso de mano, juntamente con la agenda de direcciones, el pasaporte y el boleto de viaje. Puso el maletín sobre las rodillas para escarbarlo mejor. Halló el bolígrafo al tacto, pero era difícil sacarlo. Tiró un poco del sobre que le habían encargado y éste se rasgó con algún objeto punzante, tal vez la lima de uñas. Sacó el paquetito y vio con sorpresa que por la rasgadura escapaba un polvillo fino. Tenía los dedos, la palma de la mano y hasta la falda impregnados de esa extraña sustancia. Miró a izquierda y derecha. Los otros pasajeros dormían. Puso entonces la abertura del bolso en el haz de luz que caía sobre su asiento y comprobó que el polvo se había desparramado. Pasó el cierre de cremallera y, apoyada sobre el maletín, quedó confundida.

De pronto, pensó: “¡Cocaína!” Eso debe ser. Le entró miedo. No podía creer que la hubieran engañado de ese modo, que la utilizaran para un fin tan sucio y peligroso. No, —se dijo— conozco bien a los Bosquealto, son gente buena; de escasos recursos, pero honrada. La Rosmery no podía hacerme una cosa así. Pero, entonces, ¿qué es esto? No es una carta ni ropa ni un recuerdo...

¡Dios mío! este polvo no puede ser otra cosa que droga.

Había oído decir que los contrabandistas se valen de cualquier medio y que especialmente utilizan como correo a viajeros incautos, como ella. Le ardió la cara de indignación, más todavía por no haber preguntado a tiempo qué clase de encomienda le pedían que llevara. Empezaba a dudar de la buena fe de Rosmery Bosquealto porque ésta le entregó el sobre cuando ya casi se cerraban las puertas del avión.

¿Por qué no hizo la entrega en casa? Tuvo tiempo. No cabía duda: la habían engañado como a una boba. Pero, la Providencia es grande —pensó— y si se ha rasgado el sobre es que debo deshacerme de él.

Con el bolso bajo el brazo, se dirigió al baño más próximo. Se aseguró de que la puerta estuviera bien cerrada y vació el contenido del paquete en el inodoro; después hizo con el sobre una pelotita que también arrojó a la taza y vio cómo el remolino se tragaba todo, pero quedaba una capa pardusca. Oprimió nuevamente el botón del agua y, mientras ésta discurría, eliminó los residuos con una toalla de papel. A continuación, se afanó en limpiar el bolso y la falda. En un momento, tuvo la tentación de probar ese polvillo que la tenía angustiada. Tomó unas motas y

se las llevó a la punta de la lengua. Sintió un sabor ácido y escupió al instante. Después, se enjuagó la boca. Extrajo cuidadosamente los objetos del maletín: los documentos, la libreta de anotaciones, los guantes, la lima de uñas, el pequeño "necessaire", las gafas, y los limpió uno por uno con una servilleta húmeda. Sacudió el bolso sobre el lavabo y lo refregó por dentro y por fuera, y acomodó de nuevo sus pertenencias. Se lavó las manos con mucho jabón. Finalmente, se puso unas gotas de perfume en el cuello y detrás de los pabellones de las orejas. Ahora, no quedaba el menor vestigio del paquetito, esa comprobación le proporcionaba algún alivio.

El resto del vuelo se le hizo más largo y cargado de tensiones. No podía dejar de pensar en el peligro a que se hallaba expuesta. Temía que, a pesar de todo, la descubrieran; que al bajar del avión la estuvieran esperando policías con cara de pocos amigos para interrogarla. Tal vez la registrarían con aparatos modernos para hallar restos de la droga en el bolso y en la ropa, o le harían oler con perros amaestrados, y ella no sabría qué decir, cómo explicar. No creerían en su inocencia, la acusarían de todos modos, porque de nada le serviría el argumento de que sintió pánico y por eso destruyó el encargo de los Bosquealto. Y, luego, se vería envuelta en un escándalo: fotografías en los periódicos, grandes titulares; la cárcel, quién sabe por cuánto tiempo; la afrenta, la ignominia para toda la familia.

“Jesús, María y José” —se persignó tres veces y se puso a rezar.

Era ya de día cuando descendió del jet. Se le hizo interminable la espera en la fila de control de aduanas. Le preguntaron algo en alemán que ella no entendió. Mostró su pasaporte. El hombre uniformado, de aspecto severo, la miró una y otra vez, comparándola con la fotografía. La dejó pasar a revisión de equipaje, donde estuvo a punto de desmayarse cuando le ordenaron, con señas, que vaciara el contenido del maletín. Recobró el aliento cuando el policía le hizo un ademán para que dejara el sitio a otro pasajero.

En la sala de recepción, se le acercó un hombre vestido de gris y con el sombrero calzado hasta las cejas, que le preguntó en perfecto castellano:

— ¿Es usted la señora Natividad Fernández?

— Si, sí... Soy yo— balbuceó.

— Mi nombre es Indalecio Bosquealto, hermano de Rosmery. Vengo por el paquetito que usted tuvo la bondad de traer.

— Lo siento mucho, señor, pero el dichoso paquetito lo arrojé al inodoro del avión. Y dígame a su hermana que, cuando vuelva, arreglaré cuentas con ella. ¿Qué se han imaginado ustedes que soy yo para envolverme en sus cochinos negocios?

— ¡Señora! —le interrumpió el hombre—
¿No le dijeron qué contenía el sobre?

— No.

— ¡Qué horror! Eran las cenizas de mi
padre.

El monarca

— Vámonos de aquí, Camélot. ¡Vámonos antes de que sea demasiado tarde!

La voz de Pauline era tan aguda que parecía haberse perdido en el ruido de sus ojos verdes. Él la miró con rabia y siguió diciendo con ahínco, sin dejar palabra. A cada golpe de la pluma, retumbaba el suelo como cuero golpeado y despertaba un polvo fino y pegajoso. Podía sentir las vibraciones del arango de la herramienta, fuertes corrientes eléctricas iban a través de él espinaza. Apenas después cuantos segundos y vio salir una luz tenue y roja, voló a través de los ojos, como si se hubiera despedido de las piedras amontonadas en el fondo.

El manantial

— Vámonos de aquí, Candelario... ¡Vámonos antes de que sea demasiado tarde!

La voz de Paulina era tan suplicante como afligido el ruego de sus ojos negros. El la miró de refilón y siguió cavando con ahínco, sin decir palabra. A cada golpe de la picota, retumbaba el suelo como cuero retesado y despedía un polvillo grisáceo y pegajoso. Podía sentir las vibraciones del mango de la herramienta, ligeras descargas eléctricas iban a alojarse en el espinazo. Apartó unos cuantos terrones y vio salir una lagartija que, velozmente, corrió a esconderse debajo de las piedras amontonadas en el canchón.

— Mala señal— dijo el hombre en voz baja y sintió enseguida un estremecimiento en todo el cuerpo. Se agachó de nuevo y extrajo del agujero dos papas moradas tan pequeñas que se perdieron en el hueco de la mano cuando cerró los dedos para comprobar que la vista no le engañaba, que esa tierra cubierta de costras pardas, semejantes a escamas de un pescado gigantesco, sólo podía ofrecerle ahora frutos inservibles. Como el jugador que arroja, descorazonado, los dados de la mala fortuna, lanzó los miserables tubérculos hacia donde estaba su mujer.

— Ya vez, Candelario... Esta papa no sirve ni siquiera para semilla. Es mejor que nos vayamos pronto de aquí— insistió.

Estaba sentada en medio del papal, rodeada de raquíticos y amarillentos tallos que se mecían sacudidos por el aire frío y seco. Hilaba con destreza, girando la rueca sobre un plato de arcilla.

— ¿A dónde ir?— pensó Candelario. Levantó la cabeza y se quedó contemplando una tenue nube que flotaba sobre la colina azul, hasta que se desvaneció por completo, como una bocanada de humo. Comprendió que ese día tampoco iba a llover. Se sentó a masticar hojas de coca.

— A cualquier parte donde aún exista el milagro de la lluvia— se dijo a sí misma Paulina. Dejó de hilar. Envolvió en el aguayo pedazos de

lana escarmenada y el huso de palo blanco. Sacó por la abertura de la saya una teta larga y flaca, semejante a vejiga desinflada, y se la dio al niño que empezó a chupar y chupar ávidamente, pero sin provecho.

— Qué distinto era todo cuando llegaban, por esta época, las benignas lluvias— recordó el hombre, mordiendo un pedazo de lejía. Arrancó con los dientes el tallo de una hoja de coca y escupió a un costado. Daba gusto ver las sementeras verdeando, los surcos llenos de agua y los sapos brincando de mata en mata. Ahora... todo está calcinado. En octubre, cayó una granizada feroz: cada granizo del tamaño de un huevo de gallina. Después, vino la helada con sus escarchas de vidrio que tardaron mucho en descongelarse. Todas las noches, los truenos hacían renacer la esperanza, pero en vano, porque luego venía el viento y, furioso, arreaba las nubes con sus latigazos de relámpagos y refucilos. De día, la lengua insaciable del sol lamiendo los últimos vestigios de humedad. Lo ha secado todo: el río y las dos quebradas. Se ha chupado también el cuero de los animales hasta aniquilarlos. El aire está marchito, con vaho de carnes descompuestas. Ya sólo quedan como un lejano recuerdo o plácido sueño el aroma de la tierra mojada y de la quirquiña fresca, confundido con el olor de guano de oveja entre los surcos. Ahora, domina esta pestilencia brotada de la entraña de la tierra, como si ella misma fuera un cadáver insepulto

que ha de momificarse y convertirse en un desierto donde hasta las piedras se sentirían solitarias. Puede que la Paulina tenga razón...

A la madrugada siguiente, cuando empezaban a disiparse las sombras, Candelario oyó que el abuelo le hablaba en la rigurosa lengua de sus antepasados:

— Ya no hay nada que hacer. El espíritu de la lluvia se ha ido muy lejos, ofendido por tanta ingratitud y olvido. Lo supe desde que desaparecieron los sapos, cuando ya nadie pudo encontrar por lo menos uno que atar a una piedra en la punta del cerro para que cantara sus plegarias abrasado por el sol. Ni un solo sapo, Candelario, ni uno solo... Esa sí que es una señal inconfundible de la calamidad que estamos pasando. En cambio, ya lo ves, se han multiplicado las lagartijas, ¡malditas rastreras, astutas hijas del demonio!

Candelario recordó la lagartija en el papal y su veloz carrera hasta perderse debajo de las piedras, pero no dijo nada. Prefirió seguir atentamente la cháchara del abuelo.

— La Paulina tiene razón— dijo el anciano de cuya edad ya había perdido él mismo la cuenta, aunque recordaba con frecuencia unas muertes atroces ocurridas en tiempos del general Pando, cuando en una sola noche fueron asesinados quinientos alonsistas, a palos, con carabinas, con pie-

dras, zapapicos y sogas. Lo que no podía precisar era si esa historia la había vivido o se la contaron cuando era niño. Y no podía explicarse por qué le persiguieron toda su vida la imagen de cráneos reventados y la sensación de tener en las palmas de las manos la viscosa humedad de la sangre. Jamás había podido quitarse de encima esas alucinaciones, menos aún en el sueño. Por eso prefería estar despierto todo el tiempo posible.

— La Paulina tiene razón— volvió a decir.
— ¡Váyanse de una vez!

Estaba acurrucado sobre cueros de oveja, en un rincón de la choza. Debajo del poncho, emergió su mano que parecía disecada. La agitó temblorosamente y dijo:

— Así tiene que ser. Toma tu mujer y tu hijo y lárgate. Quizá encuentres en otra parte el país perdido de la benigna lluvia.

— Si nos vamos, nos vamos todos— habló, por fin, Candelario.

— Pero, no por el mismo rumbo —replicó el viejo— Yo me iré hacia la montaña, a invocar la protección de los Achachilas y la clemencia del Inti. Conseguiré un llamo blanco para ofrendarlo a la Pachamama. Después, bajaré al lago sagrado y subiré al santuario de la Mamita de Copacabana. Eso haré. Es preciso satisfacer a todos

los dioses. Jamás te perderás si sigues la huella de la humedad. No confíes en las nubes, no en este tiempo. La piel te dirá dónde debes detenerte cuando te dé en la cara el aire fresco de la nueva vida.

Candelario echó una última mirada a la choza, al sembradío reseco y al canchón donde estaban semienterrados siete corderos, cuatro gallinas, la yunta de bueyes, la vaca y el perro. Entre el reverbero de las piedras, pudo distinguir a esa hora de la mañana unos brillos como de lentejuelas plateadas, tornasoles y anaranjadas que se movían de aquí para allá.

— ¡Malditas lagartijas!— dijo y echó a andar, talega al hombro. Detrás, iba Paulina con el niño cargado a la espalda y el hilado en la mano.

El viejo los vio partir, inmóvil como un monolito de Tiwanacu y los siguió mirando largo rato, hasta que dos puntitos negros trasmontaron la loma pelada.

Bajaron el cerro con agilidad de guanaco, hasta el borde del camino y lo cruzaron después de que pasó un camión cargado de gente, envuelto en una espesa polvareda. Al otro lado, sintieron que la costra de la tierra se resquebrajaba bajo sus abarcas, como hojarasca. Legaron a un pueblo miserable donde sólo pudieron conseguir

unos cuantos panes, algo de queso y una lata de agua. Durmieron en la plaza, cubiertos por el poncho y una frazada que Candelario llevaba dentro de la talega.

Al día siguiente, continuaron su marcha. Cruzaron un arroyo seco y escalaron otra montaña, para bajar de nuevo a otra quebrada y seguir su curso durante varios días, sorteando plantas espinosas, remalazos y filudas piedras.

— Vamos bien— dijo Candelario—. Se siente el aire más tibio y la vegetación se va haciendo más abundante.

La mujer asintió con la cabeza y siguió caminando, como siempre, detrás de su hombre. También seguía hilando. A cada vuelta de la rueca, y cada vez que desanudaba y volvía a anudar el hilo, se le desenovillaban y reataban los recuerdos: Candelario le había arrojado piedrecillas a la espalda, cuando ella pastaba sus ovejas. No le hizo caso, pero eso no impidió que él se acercara sigilosamente, con movimientos de felino. Ella sabía bien lo que estaba pasando, pero no se volvió hasta que el mozo atrevido le arrebató el sombrero de lana. Entonces sí se incorporó, lanzando dos imprecaciones, como correspondía, y lo persiguió tratando de rescatar su sombrero. El nieto del misterioso Cisco Huanca la andaba rondando desde hacía mucho tiempo. Desde la gran fiesta de Calamarca. “Pastorita, te invito

de mi vaso y después entramos a bailar en la rueda”, le había susurrado al oído. Estaba medio borracho. Lo rechazó con un ademán. No había alcanzado aún la edad de bailar y mucho menos de beber del mismo vaso, con un hombre, el alcohol aguado que los “prestos” repartían en la fiesta. Eso había sucedido tres años atrás. Y Candelario siguió acosándola: la aguaitaba en el pastizal, preguntaba por ella en el pueblo los domingos, la seguía y esperaba en los senderos, silbando o tocando su quena para que ella se diera cuenta de que le interesaba y que nunca se daría por vencido. Hasta que ese día decidió que había llegado el momento de quitarle el sombrero. Paulina corrió detrás de él, saltó el cerco de piedras y continuó persiguiéndolo por el borde de la acequia. El la aventajó y pudo esconderse entre las altas espigas del cebadal amarillo. La joven quedó desorientada. Iba a darse media vuelta, pero una zancadilla puso su doncellez a merced del ocasional ladrón de sombreros.

Por eso fue que la pastora más codiciada de Calamarca se fue a vivir con Candelario Huanca y el viejo Cisco, a la sayaña más próspera de la región de Ayo—Ayo. Allí nació el retoño que lleva ahora envuelto en el aguayo; éste tiene ya cerca de un año y es el vivo retrato de su padre: ojos achinados, pómulos formidables, trompudo y con el pelo más tieso que mata de pajabrava.

Había transcurrido un mes desde que emprendieron el viaje. Estaban seguros de que sus cálculos eran exactos porque en la víspera del peregrinaje había luna llena. La volvían a ver ahora, en esa cabecera de valle donde estaban y a donde habían llegado guiados por el olor del agua y los sonidos de los pájaros; atraídos por el aire fresco.

— Descansemos un poco— sugirió Paulina.

— Por allá— señaló él— hay una huerta.

De lejos, llegaba el aroma dulce de fruta madura. Por la mente de Candelario cruzó el recuerdo del gran mercado en la ciudad: una chola gorda, enhalajada, con aspecto de Buda, sobre su trono de duraznos, mangos, pacayes, granadinas..., ofreciendo tunas jugosas de Río Abajo y naranjas almibaradas de los Yungas.

— Sigamos un poco más y después descansaremos— añadió Candelario.

Cuanto más se aproximaban, más intenso era el olor de la fruta fresca, pero aún no podían ubicar el lugar exacto de su procedencia. Cautelosamente, atravesaron un sembradío. La luna derramaba su baño de plata sobre las hojas y penachos del maizal y se reflejaba nítida en los charcos. Estaban distraídos en esa contemplación, cuando les salió al paso un enorme perro oscuro

y lanudo que enseñó sus filosos dientes dispuestos a atacar si la pareja no se detenía en seco. El animal se puso a ladrar con todas sus fuerzas, mostrando los pelos erizados de su robusto cuello.

—¿Quién anda ahí?— tronó una voz. Se oían cercanas las pisadas del hombre que se aproximaba quebrando ramas secas y chapoteando el agua con sus pesadas botas.

—Buenas noches, caballero— saludó Candelario, respetuoso, casi solemnemente.

—Buenas noches, Tata— repitió Paulina, con la cabeza agachada.

—¿Quiénes son ustedes y qué hacen aquí?— preguntó el hombre con la misma energía de su primera advertencia, pero era evidente que no estaba enojado. Alerta, el perro miraba de reojo a diestra y siniestra, paraba las orejas y las hacía girar.

—Venimos del altiplano, caballero. Me llamo Candelario Huanca y esta es mi mujer, Paulina. La cosecha se ha perdido ¡todito! por la helada, la sequía también... La cebada, deste tamaño nomás, ¡háí se ha secado! Igual la papa, quinua... Una desgracia.

—Sí, ya lo sé. Mucha gente ha pasado por

aquí en los últimos meses, unos en dirección a Cochabamba, otros a Santa Cruz. ¿Desde cuándo no llueve en el altiplano?

— Un año, así... Una vez, ha caído granizo, ¡fuerte!, pero lluvia, nada, nada siempre. Los animalitos también, harto se han muerto, de sed.

— ¡Ah, carajo, eso es grave! ¡Grave!

Tenía la inconfundible traza del capataz de hacienda. Un mestizo de anchas espaldas y cuello de toro, capaz de ponerse al hombro un ternero con la misma facilidad con que otro carga un conejo de castilla. Sobre el labio superior, grueso y arremangado, llevaba un bigote indócil más parecido a un cepillo de dientes sucio, con las cerdas hacia arriba.

— Y ahora, ustedes, ¿adónde van?— preguntó. Con el brusco movimiento de la cabeza, se le ladeó el sombrero de paño.

— No sabemos todavía— respondió Candelario. En ese momento, solo pensaba que habían caminado mucho y tenían hambre.

— Bueno, pueden quedarse aquí, por esta noche. Síganme—, ordenó el capataz, advirtiendo el deseo en la cara de Candelario. Chasqueó los dedos y el perro se levantó como movido por un resorte.

— Gracias, caballero, muchas gracias—. Le siguieron hasta el galpón de la hacienda.

— Acomódense como puedan—. Les enseñó el granero repleto de choclos recién cosechados.

Poco después, los mandó llamar con un peón a la cocina y les dio de comer una “lahua” espesa, mote de maíz y queso. La pareja agradeció nuevamente con tanta insistencia que ya se hacían cargos. El hombre se levantó y se fue.

Hicieron dormir al niño entre hojas de maíz y salieron a sentarse al aire libre. Entre las espesas nubes, se abrió paso otra vez el brillo de la luna nueva que iluminó el granero y los rostros curtidos de la pareja. Estaban frente a frente, mirándose a los ojos sin decir nada.

Cisco Huanca no se movió del poyo junto a la choza desde el día en que se fueron Candelario, Paulina y el niño.

Llevaba puesto el poncho negro de las grandes ceremonias. Había encendido el brasero para quemar yerbas de adivinación y una placa cetrina con grabado en alto relieve alusivo a una lanza resplandeciente en medio de nubarrones.

— Ya no me sirves para nada... ¡Ya no ser-

virás más!— dijo mientras el objeto se consumía envuelto en humo negro—verdoso que impregnaba el aire con olor a cosas viejas chamuscadas.

El sol caía verticalmente sobre la desmirriada figura del anciano, agostándole hasta los tuétanos, como si los sorbiera.

— Padre Inti, me estás devorando— dijo humildemente, sumiso al cumplimiento del inexorable designio.

Con los dedos entrelazados sobre el vientre, advirtió que se esfumaban del cerebro los últimos recuerdos. Apoyada en la pared de adobe, quedó la entullida figura del viejo dentro del poncho ritual, con los ojos extraviados en la inmensidad de la altipampa.

En los días siguientes, varias semanas y meses después, pasaron por ese lugar grupos y caravanas de campesinos sumándose al éxodo provocado por el flagelo de la sequía. Lo saludaban con el sombrero o levantando la mano, aunque él no respondiera.

Al alba, el capataz de la hacienda buscó a sus huéspedes en el granero, pero ellos ya se habían ido. Montó la mula y siguió por el sendero, rastreando huellas. Apuró el paso del animal, bordeando el algarrobal, hasta llegar a la loma. El

sol le dio de lleno en la cara. Hizo visera con la mano y vio cómo la pareja se perdía entre los matorrales.

Varios días después, llegaron los caminantes a un lugar donde las colinas eran más bajas y boscosas. Atrás, varias jornadas detrás, quedaron los montes pelados y ya casi no había piedrecillas filosas sino barro oscuro, ramas y troncos podridos que, al contacto de los dedos, se deshacían como maicillo fresco. Los ríos eran anchos y turbulentos. El aire caliente penetraba en los pulmones sin necesidad de respirar.

En el cielo, las nubes comenzaron a juntarse como nunca antes habían visto los viajeros: venían de todas partes, convocadas por alguna fuerza irresistible a la que se debía estricta obediencia. Asomaban desde lejos, como inmensas bolas de algodón, pero a medida que se acercaban se oscurecían hasta ponerse negras.

— Vamos, Paulina, ¡rápido!, aurita va a caer una tormenta— dijo y de un salto indicó el rumbo por seguir.

Ya empezaban a soltarse las primeras gotas, como globazos de carnaval, cuando divisaron una manchita gris de techos de palma. Corrieron a guarecerse. Llamaron a la primera puerta. Nadie contestó. Llamaron a la segunda, y tampoco. Ingresaron en el siguiente pahuichi y lo encontraron

abandonado. No había señales de vida.

Era evidente que sus moradores se habían ido, pero no hacía mucho tiempo, porque quedaban algunas cosas con olor a presencia humana reciente. La tempestad se desató.

— Tengo miedo— dijo Paulina con la misma voz y la misma expresión que cuando suplicó abandonar la sayaña del altiplano. Apretujó al niño contra su pecho, sintiendo que el viento se lo quería arrebatar.

De lejos, llegó un ruido sordo que a Candelario le pareció semejante al de la terrible granizada de octubre. Puso más atención... No, no era granizo. Este ruido era extraño, muy extraño. A él también le entró miedo.

Subieron a refugiarse en el monte, por el otro lado del rancherío. Metro a metro, ganaron terreno sujetándose de raíces húmedas y resbalosas de inmensos árboles que jamás habían visto e hiriéndose las manos con espinas de arbustos que tampoco conocían.

De la parte más alta, alguien les gritaba que se dieran prisa, pero ni Candelario ni Paulina podían oír esas voces porque tenían los oídos tapados por el espantoso bramido, como de fieras en estampida que procedía de la cañada y subía al monte mezclado con el tronar de ramas rotas,

piedras arrastradas, troncos golpeados que caían arrancados de raíz sobre el lomo de aquella serpiente de lodo que corría enloquecida por el cañadón.

Una mano alargada asió a Candelario por el antebrazo y lo haló hacia arriba. Otra se extendió hacia Paulina y la suspendió sin dificultad.

Es la riada —dijo el hombre que ayudó a Candelario.

— Tome, cumpa, esto le va a quitar el susto— le dijo el otro y le alcanzó una botella de guarapo que llevaba en el morral. Candelario apuró un trago corto y después limpió la boca de la botella con la manga de su camisa. La devolvió.

— Muchas gracias— dijo aguantándose el ardor que le producía en el pecho la porción de alcohol de caña.

— Elay que se salvaron de la mazamorra, por un pelo... ¿De dónde venís?— preguntó el que le había ayudado.

— Del altiplano. Ayo—Ayo se llama mi pueblo, hái tengo mi sayaña. Grande, linda era cuando había agua. Aura no conviene allá. Todo se ha muerto con la sequía. Nos hemos vuelto más pobres que antes de la reforma agraria—. Describió el desastre con tanto lujo de detalles que el

otro cambia se rascó la cabeza y exclamó:

— ¡Qué carajo, ustedes viven al revés! ¿Y pidieron ayuda a las autoridades?

— Cómo no. Ha venido dos veces una comisión con autoridades y dirigentes. “Vamos a ayudar con plata, con semillas nuevas, no se preocupen compañeros”, diciendo se han ido. Después en el periódico ha salido que la plata del Banco Agrícola se lo habían repartido a otros para que traigan autos, para que se hagan casas en la ciudad...

— Lo mismo nos pasó a nosotros— comentó aquél.

Poco antes de que la familia colla llegara al Poblao del Jochi— así se llamaba el rancherío que vieron desaparecer tragado por la riada— sus habitantes habían advertido el peligro; decidieron dejarlo todo y huir de ese territorio del diluvio, en busca de un lugar donde se pudiera vivir sin tanto sobresalto.

— Aquella masa de agua por donde revolotean las suchas era el algodonal. De la plantación de maíz tampoco queda nada. Esa como laguna que se ve allí, con árboles tumbados, era el gran corral. Todingos los animales murieron con el barro cubriéndoles hasta los cuernos. Eso pasó el mismo día que desapareció el poblao Vado del

Tigre, hace como quince días. La crecida del San Ramón se llevó el caserío con todos sus habitantes. Por este lado se nos desbordó el Mairana. Varios hombres fuimos a ver cómo podíamos ayudar, pero cuando llegamos ya no había ni rastros de Vado del Tigre y menos de sus pobladores. Así nomás pasó, ¿verdad Ignacio? —dijo el oriental dirigiéndose a su compañero, reclamando con un ademán la botella de aguardiente.

— Ni más ni menos, Lorgio— confirmó Ignacio.

— Ahora nos vamos con nuestras mujeres y peladitos a donde no haya que temer estos desastres ni exista la amenaza de sucumbir ahogado, arrastrado por la mazamorra como un trozo de carrizo, el rato menos pensado; tampoco es de arriesgarse a morir de hambre o de las fiebres que vendrán con tanta podredumbre. Ya no hay nada que hacer por estos lares—. Después de una corta pausa para devolver la botella, preguntó: —Y vos, cómo te llamás?

— Candelario Huanca. Mi mujer es Paulina y mi hijo, Cisco, como mi abuelo.

— Si querés, se vienen con nosotros, para que no se vayan a perder en el monte y se los trague la sicurí— rió Lorgio y también rió Ignacio.

— Oí, Filomena —llamó— traé un poco de yuca pa' convidar al paisano y hacete cargo de la

collinga y el pelao—. La mujer obedeció casi al instante.

Apareció otra botella de guarapo. Candelario sacó de la talega una bolsa de plástico donde había envuelto un pedazo de queso.

— Es todo lo que nos queda— dijo. Lorgio lo repartió en tres partes iguales.

— ¡Hum!, sabe bien— comentó Ignacio con la boca llena.

— Falta poco para que anochezca. No podremos irnos antes del amanecer. Este es lugar seguro porque es alto y protegido por las copas de los ceibos— dijo Lorgio.

— Así es, cumpa Candelario— retomó Ignacio el hilo de la conversación—. Todo se ha perdido. Hemos visto muchas inundaciones, pero nunca tan fieras como las de este año. En este cielo oriental se han juntado todas las nubes del mundo, para diluviar como en la historia esa de Noé que contó el padrecito en casa del camba Patasca. La vieja Andrea, suegra de Lorgio, dice que Dios está bravo con nosotros por eso de la cocaína: “Es la maldición de la coca”, anda repitiendo la viejinga y predice mayores desgracias todavía. Y, yo me pregunto: “por qué Dios nos va a castigar a nosotros, puej, ¡elay!, si son los gringos y los mafiosos del Beni, La Paz y Santa

Cruz los que están metidos en esos negocios turbios de la “pichicata”... Yo creo que el asunto es más grave, que Dios está enojado con toda la humanidad. Fijate vos en las guerras, asesinatos, torturas políticas, desapariciones, bombas atómicas y otros armamentismos; injusticias de toda laya, violencia, ignorancia y pobreza por todos lados y... la droga también, puej. Yo creo que es por todo esto.

— ¿Y vos de dónde salís con discurso tan lindo, si sos un cambia iletrao?— intervino Lorgio.

— Yo oigo las noticias en la radio portátil— se defendió Ignacio, con aire de suficiencia. —Hay que carpir de vez en cuando la ignorancia, cumpa Lorgio...

— Puede que la vieja Andrea tenga razón. Y vos también Ignacio— dijo Lorgio— porque si te ponés a pensar bien, los terremotos, los volcanes, las hambrunas, las sequías, plagas, inundaciones, enfermedades raras e incurables, como ese famoso SIDA que ha aparecido auringa nomás; los accidentes de aviones y ferrocarriles, los asesinatos de gente inocente que cometen tantos desafortados que andan sueltos por ahí... Es la locura. Todo esto está desparramado por el mundo y son señales claras de que la humanidad está afectada por alguna enfermedad del alma que no se cura con sinapismos. Eso también habrás

oído en la radio, Ignacio. ¡Ignacio!... ¡Ignacio!— Iba a continuar con su perorata y para eso se había acomodado mejor, cuando advirtió que el canca bostezaba y Candelario ya había clavado el mentón sobre el pecho. Lorgio bebió hasta la última gota del guarapo que quedaba en la botella y él también se puso a dormir apoyado en el ceibo.

La conversación de las mujeres, más arriba de donde estaban los hombres, también se fue apagando lentamente. Sólo quedó el incesante bramido del río, combinado con la furia de la tempestad. Candelario no dormía. Pensaba en las dos situaciones vividas y las confrontaba: la sequía en el altiplano y las inundaciones en el trópico.

Calmó la tempestad, no por mucho tiempo, pero sí el suficiente como para que el grupo ganara el otro lado del monte. Por delante, iban Lorgio e Ignacio; en seguida, Candelario, los niños y las mujeres. Dos días anduvieron castigados por la tormenta y el viento.

Al atardecer, súbitamente se abrió ante sus ojos una inmensa llanura verde bajo límpido cielo. Lorgio clavó su machete en la tierra blanda y brotó de ese lugar un manantial de agua cristalina que fue creciendo hasta formar un arroyo, como

escarbando entre la hierba. Candelario sacó las últimas hojas de coca que le quedaban y las arrojó a la corriente. Recordó las palabras del abuelo: "La piel te dirá dónde debes detenerte cuando te dé en la cara el aire fresco de la nueva vida".

Hacia atrás, no había ni el menor rastro de la tempestad. El monte se había esfumado, como también toda huella de pisada humana.

A la salida del mercado

Plaza de los Mariachis o, simplemente, "Garibaldi". A escasas cuerdas, la monumental blancura del Palacio de Bellas Artes; algo más distantes, el Palacio Nacional y, como lanza clavada por el mango, el edificio Torre Latinoamericana que contempla con múltiples ojos amarillos el rostro nocturno de la capital mexicana.

Como a las siete de la tarde, se mueven por calles aledañas guitarreros solitarios: mitad obreros, mitad charros; tríos, cuartetos y conjuntos; floristas, vendedores de baratijas, ilusionistas, tragafuegos, parejas de enamorados, turistas y ladrones.

A esa misma hora, las mujeres del mercado comienzan a remover con sus fuertes y desnudos brazos enormes ollas de caldos humeantes y a soplar en los braseros hasta que la débil llama crezca y convierta los trozos de carbón vegetal en pequeños soles a cuyo rescoldo se doren, lentamente, carnes ensartadas, soltando entre crujidos burbujas de aceite amarillento.

Plaza de los Mariachis, irresistible incitación a confundirse en sus caóticos elementos: las espuelas de los charros son imanes plateados; las lentejuelas de sus trajes y sombreros parecen diminutos ojos brujos destellantes.

La avenida es demasiado larga y demasiado ancha como para ser explorada en una sola noche: hay que seguir de largo hasta la plaza rectangular cargada de vapores, alientos, piropos, pregones y blasfemias; guarda secretos de tiempo colonial y consiente todo tipo de comercio: “A tantos pesos una canción”, “A tantos pesos el ramillete de rosas”, “A tantos pesos... allí hay un hotelito para pasar una hora muy agradable”.

La florista, quién sabe lo que realmente piensa, pero le ha dicho a la joven gringa: “Rosas en capullo para la muchacha más rechula de esta noche”. Lo mismo les dice a todas.

Los músicos afinan sus instrumentos. Forman decenas de grupos junto a los árboles, al bor-

de de las aceras, en media calle. Unos, de espaldas a otros. Se acoplan, por instantes, para secretarse acordes y estilos o para organizar el repertorio sin importarles la ensordecedora estridencia. Un acordeón centenario se queja con voz destemplada de la agresividad de una joven trompeta y se aleja resoplando.

Caminamos, platicadores como nunca, rumbo a Garibaldi, sorteando charcos y automóviles. A nuestro paso, transita el martes sus últimos minutos. El Palacio de Bellas Artes está cerrando sus párpados: ha terminado un concierto sinfónico ejecutado por una gran orquesta bajo la batuta de un célebre director. Muy cerca de allí, el estallido de melodías sin director, sin programa ni "intermezzo". Violines y guitarrones convertidos en arcos y trompetas transformadas en cerbatanas disparándole a la noche lluviosa sin descanso, desde las cuatro esquinas de Garibaldi. Los pechos de los cantantes se inflan para el falsete. Las letras y melodías se entremezclan:

"México lindo y querido/ Ayayayyy, corazón por qué no amas/ Una piedra en el camino/ Cucurucucúuuu, palomaaa ya no la llooores/ Si muero lejos de tiiii/ De piedra ha de ser la camaaa/ era rodar y rodar/ rodar y rodar.../ las piedras jamás, palomaaa/ y que me traigan aquíiii/ Me están sirviendo orita mi tequila/ ella quiso

quedarseee cuando vio mi tristeza/ fuimos
piedras que siempre chocarooooon/ y volver,
volver, volveeeeer a tus brazos otra vez/
pero sigo siendo el rey...”

La madrugada del miércoles se pega a nuestros zapatos cerca de Garibaldi. Somos cinco: un poeta, una pareja norteamericana y dos periodistas. ¡Qué cosa mejor que una incursión por Garibaldi para celebrar el encuentro de los tres bolivianos —el poeta y los dos periodistas— después de cinco años de ausencias! La pareja gringa se ha puesto a tono con los demás.

— Allí está el Tenampa, famosa cantina donde se han filmado las mejores películas rancheras. Y eso de enfrente es el bar Tlaquepaque, donde hace un par de décadas... —Pepe Lucho se ha quedado hablando solo. Los demás ya habíamos transpuesto el vaivén del Tenampa y buscábamos una mesa desocupada. Nos alcanza y recomienda que antes de sentarnos visitemos el mercado, muy concurrido precisamente después de medianoche. Vamos todos.

Muchas entradas en forma de arcos, sin puertas. Por ellas se lanzan —propagandistas ligeros— los olores de comidas variadas. Los voceadores de las vendedoras no sólo anuncian sino que tratan de llevarse al cliente a rastras hasta los mesones y mostradores de cemento blanco. Para cada negocio, un voceador y todos ellos iguales, como sa-

lidos en serie de la misma fábrica. De cada negocio, diferentes olores en competencia: carne asada, frijoles refritos, tamales, chilaquiles, enchiladas, cabrito a la brasa, pollo con mole poblano, sesos en salsa picante, caldos, caldos y montañas de tortillas de maíz, junto a enormes bandejas de ensaladas de rabanito, tomate y cebolla. Entre todo esto, mucho tequila, latas de "Tecate" y otras bebidas. No es posible distinguir, con los ojos cerrados, el aroma de un clavel del olor de los camarones fritos en esa zona de esterilización del olfato.

La gente come, bebe, grita, canta, entra y sale; brinda, abraza, insulta. A las cocineras les faltan manos para atender las órdenes. Ha entrado un conjunto de mariachis. En cuanto empieza a tocar, los guitarreros solitarios callan y se alejan. Entre los mariachis, hay un proscrito: el trompetista, confinado al otro extremo del salón, como castigado por chillón. Desde ahí protesta su aislamiento y se detiene a tiempo para que oigan al cantor.

Todos los cantores de Garibaldi se parecen entre sí; a los de la Zona Rosa, a los de San Juan de Dios, a los de la Costanera y de la Avenida Revolución. Son iguales a los peregrinos cantores de cantina en cantina de todas las noches y a los que con o sin guitarra trepan al ómnibus y después de dos gorjeos pasan el sombrero. Porque cantan las mismas canciones toda su vida y si

son letras tristes o alegres la expresión del rostro es la misma.

Es que no están cantando: trabajan. Y de tanto entonar han olvidado todo sentido, se les han perdido los significados en la abundante práctica de la redundancia. Tienen en común que son obreros de medio tiempo o sin fábrica, niños sin escuela, mujeres que extraviaron el amor y van en busca del encuentro con la vida para llevar a casa el plato de frijoles, o son caminantes nocturnos de mesa en mesa, adivinos naturales de congijas ajenas, que manejan el arte de la evocación de amores lejanos y de insomnios solitarios.

En el mercado, todos viven su instante: el trompetista en su destierro, el cantante en la recitación mecánica de la canción; el comensal en su plato, la vendedora en la cuenta, el borracho en el próximo sorbo de tequila.

La salida está a dos pasos, pero se han hecho muy largos. Algo ha roto la continuidad de la imagen: a un costado, en el último puesto de venta, sobre el mostrador de cemento hay un cuerpo humano cubierto apenas por un plástico transparente. Dibujan su silueta seis sirios enanos que chisporrotean. Puede verse el pantalón raído que alguna vez fuera azul o verde, ceñido por un lazo. Los zapatos rotos y la piel del vientre con una vieja cicatriz tienen la misma coloración caféoscura. No hay dolientes. Sólo un policía

La recompensa

Frente a la Maestranza del ferrocarril, se hallaba el Barrio Ferroviario: una hilera de blancos chalets, habitados por los jefes e ingenieros, y otra de medias aguas, con techos de zinc para los empleados de menor jerarquía y los obreros. Separaba a ambos grupos de casas una calle ancha, sin aceras, semejante a una larga serpentina ocre ajada y desteñida por la lluvia y el sol, donde de tarde en tarde, por el mes de agosto, el viento comenzaba su baile, primero como un trompo pequeño de aire, polvo, hojas secas y trozos de periódicos. Después, crecía y giraba vertiginosamente sobre su única pata. Sacudía las calaminas de los techos, arrancaba los cables eléctricos y recorría toda la calle con su aspecto de gigante polvoriento, como el que sale de la lámpara de Aladi-

no, hasta perderse al final de la hilera de casas, en dirección a Loma Colorada.

Las madres escondían a sus hijos dentro de colchones enrollados y atrancaban bien sus puertas cuando sentían que el ventarrón iba a convertirse en un torbellino. Decían que había que cuidarse mucho de ese viento porque el diablo venía de vez en cuando disfrazado de ese modo para llevarse a los niños y convertirlos en duendes-esclavos. Contaban que los duendes se ocultaban de día dentro de los hornos de las panaderías, en los ángulos de las paredes, en cualquier rincón oscuro: entre la leña apilada en los traspatios y, preferentemente, en los arbustos del muladar. Eran tan pequeños como un niño que empieza a caminar; barrigones y cubiertos de grandes sombreros, parecidos a los charros mexicanos. Yo nunca vi un duende, pero me lo imaginaba siguiendo esas descripciones. Toparse con uno de ellos significaba quedar marcado para toda la vida con el signo de la mala fortuna. Lo más frecuente era que a uno le atacaba súbitamente una enfermedad desconocida y se moría en menos de lo que canta un gallo.

Con sólo estirar un poco el cuello, podían verse desde la calle los patios interiores de los chalets, las fachadas no, porque daban a la calle principal asfaltada. Se veían sus lavanderías de cemento, pisos de mosaico y abundante ropa en los tendederos. Todo esto hacía suspirar a las mujeres de los obreros. Soñaban con poseer algún día

esas comodidades y no tener que cargar las pesadas latas de agua desde la pila pública de la estación ni tener que lavar en bateas de madera y calamina; no era envidia sino una resignada desazón por su propia suerte.

Cuando se acumulaba la ropa y era necesario lavar también frazadas y sábanas, las mujeres organizaban un día de campo en domingo, hasta el río Cantumayu. Se iba al amanecer y volvía a la puesta del sol, con grandes atados de ropa limpia a las espaldas y la cara retostada.

Nadie se había preocupado de la altura de las bardas posteriores de los chalets hasta el día en que se cometió un robo en la casa del ingeniero—jefe; se habían llevado la ropa tendida, una bicicleta, la manguera del jardín y otras cosas. La policía vino a requisar casa por casa, pero no encontró nada. Entonces, pensaron que los ladrones provenían de otra zona de la ciudad, pero no estaban muy seguros. De todas maneras, los muros comenzaron a elevarse hasta los tres metros, coronados de filosos y puntiagudos trozos de vidrio de botellas. Encima, colocaron una alambrada de púa de cinco filas, inclinada sobre la calle.

El día que el maestro de escuela diseñó en el pizarrón un pentagrama musical, supusimos que dibujaba aquella alambrada. El parecido se hizo mayor cuando advertimos que sobre las

líneas puso unos círculos y rayas que después nos dijo eran notas musicales. Ya no hubo más dudas sobre la semejanza cuando nuestros hondazos dieron sobre los alambres, arrancándoles sonidos como de violín desafinado y largas vibraciones.

Más de una vez, la mala puntería hizo añicos los vidrios de esas casas. Volvió la policía y decomisó todas las resorteras, y no nos importó mucho, porque ya pasaba la temporada de cazar pajaritos y competir rompiendo botellas o tumbando latas de leche. Llegaba la época de los trompos y después de los voladores que en la escuela supimos se llamaban cometas o barriletes; vendría la temporada de jugar a los platillos de tapas de cerveza aplanadas por las ruedas de la locomotora, en la misma estación, y después a jugar con canicas, antes del tiempo de robar duraznos, ciruelas y uvas a medio madurar. Para cuando sea otra vez tiempo de las hondas ya habremos conseguido una estupenda rama en forma de "Y", ligas nuevas y cuero de zapato viejo para fabricar otras resorteras.

Muchas veces no había dinero para comprar carbón o leña. Ibamos a la maestranza, a pedirle al encargado unos sacos de viruta y aserrín. La ocasión era estupenda para ver cómo entraban los troncos por una bocaza de hierro que se los tragaba en un santiamén haciendo rechinar los dientes de la sierra. Por un tubo, que más parecía

embudo, salían virutas largas y enroscadas, y por otro lado un polvo rojizo y a veces blanco que se escurría entre los dedos como harina. Diestros peones halaban los durmientes por el otro extremo de la engullidora y los cargaban en carros planos con destino a las estaciones. De vez en cuando íbamos en un carro plano, pero más nos gustaba trepar a las manillas y balancearnos en los brazos del subeybaja.

A un cilindro metálico, se le abría una boca en la parte inferior; luego, se le colocaba adentro un palo grueso alrededor del cual se presionaba la viruta y el aserrín hasta que se formara una gruesa y compacta capa a pocos centímetros del borde del recipiente. Se sacaba el palo despacito, haciéndolo girar de abajo arriba y quedaba un túnel vertical listo para ser encendido. Sobre el brasero, se colocaba una rejilla de hierro y ya estaba. La posesión de esta técnica nos daba tema para conversar con los muchachos del barrio. Algunos nos dejaban boquiabiertos cuando contaban que en sus casas —en los chalets— sólo había que oprimir un botón, como del interruptor de luz para poner en funcionamiento una cocina grande que no necesitaba de leña ni de carbón y menos viruta para hacer hervir, al mismo tiempo varias ollas, y que también cocía pan y grandes tortas de cumpleaños. Nos reíamos de ellos, después de pensarlo un rato. ¿Cómo creer en la mentira de que por un alambre de luz

pueda pasar el fuego, sin consumir su propio conducto? Sonaba a grandísimo absurdo, a una tomadura de pelo. Pero... un día que entramos al patio de una de esas viviendas, por la puerta principal y pidiendo permiso para recoger la pelota de trapo que había traspasado el muro, comprobamos que era cierto cuanto habían contado los muchachos pitucos. Corrimos a contárselo a mi madre. Ella sonrió y se puso a explicarnos que no era precisamente fuego lo que pasaba por los cables, sino una fuerza invisible llamada "electricidad" que, de tanto acumularse en la cocina que habíamos visto, lograba calentar varias hornillas.

— Nosotros, ¿por qué no podemos tener una cocina así?— preguntó Natalia.

— Hija, eso cuesta mucho dinero y nosotros somos muy pobres. Yo me contentaría con una pequeña cocina de kerosene o siquiera un anafe, pero eso también es soñar despierta— ladeó la cabeza y se puso a retostar un poco de harina de trigo con una cucharada de azúcar, para la cena.

Rara vez había en casa té o café; el chocolate se probaba para la Navidad, porque venía de regalo en una encomienda que mandaba el tío Hermógenes, que trabajaba en la fábrica "Harasich" de Oruro. En cambio, estábamos acostumbrados a la infusión de hojas de "amorseco"

que recolectábamos en la falda del cerro con mucha destreza, esquivando las largas y fuertes espinas que las protegían.

Para tender las camas, se desenrollaban los colchones por la noche y volvía a enrollárselos por la mañana, a fin de que quedara más espacio para moverse en la única habitación que servía como dormitorio, cocina, comedor y sala de estar. No había baños en esta hilera de casas, sino una inmensa terraza al otro lado de la quebrada, conocida como "El muladar". Allí iban las mujeres acompañadas de sus maridos e hijas mayores a tirar la basura, siempre pasadas las ocho de la noche, y a sentarse con recato. Al día siguiente se veían, en ordenada fila, promontorios sobre los que trabajaban afanosamente escabajos negros.

El camino más corto a Loma Colorada era atravesando la quebrada por el lado del muladar. Poblaban la loma altas higueras de tuna cuyos frutos de pulpa fresca y encarnada: blancos, amarillos, violetas, morados, podían cosecharse libremente sin más molestia que frotar su superficie de abundantes espinillas con un pedazo de arpillera.

Me acuerdo de todo esto porque no puedo dormir y quiero apartar de mi cabeza la visión del accidente del tren. Allí murió Jacinto López,

cobrador de boletos del ferrocarril: mi padre.

Yo esperaba en la azoteilla del último vagón de carga que mi padre terminara su recorrido perforando cartones y cuidando de que no hubiera polizontes a bordo.

Primero, se oyó un rechinar de hierros sacando chispas sobre las vías; en seguida, un terrible sacudón y el tren empezó a ladearse. La gente gritaba y lloraba. La locomotora y medio convoy se desprendieron del resto y fueron a dar al barranco, de tumbo en tumbo. Un vagón de carga quedó con cuatro ruedas colgadas sobre el precipicio.

Un obrero me sacó de donde estaba prendido a los barrotes como garrapata. Afuera, se veía el tren como culebra partida en dos: la cabeza y medio cuerpo en convulsiones de moribundo, allá abajo, en la hondonada; la otra mitad, inclinada e inmóvil como si contemplara, azorada, la desgracia que sacudía al resto de su ser.

Busqué a mi padre entre fierros retorcidos, humo, barro y sangre; entre montones de cuerpos mutilados y rígidos, y entre los heridos que se arrastraban tratando de llegar de nuevo a los rieles, arañando la tierra bermeja y agarrándose de las matas y piedras sobresalidas. Había por todas partes miembros, cueros cabelludos y coágulos pegajosos. La locomotora ardía y de su

enorme panza herida manaban nubes de vapor y salpicaba agua hirviendo.

Los pocos sobrevivientes no sabían por dónde comenzar el socorro. A uno se le ocurrió salvar primero a las mujeres y los niños y después ayudar a los hombres heridos, dejando para lo último el rescate de los cadáveres. Así se hizo. Un fogonero nos obligó a sentarnos en círculo y esperar sin movernos, pero yo tenía que buscar a mi padre y bajé a la carrera por el barranco. No lo hallé. Más tarde, vi que unos hombres subían los cuerpos de los muertos hasta la vía férrea donde los colocaron en fila. Está allí y quise gritar, pero no salían sino gemidos que estrujaban la garganta como en las pesadillas.

Nadie supo de dónde ni cómo aparecieron muchos hombres que se dedicaron a despojar a muertos y heridos de sus pertenencias. Unos cargaban todo lo que podían sacar de los coches de pasajeros y vagones de carga; otros, arrancaban pendientes y anillos de las mujeres y, a veces, cortaban orejas y dedos para facilitar su tarea. Los funcionarios del ferrocarril nada podían hacer para evitarlo, porque los depredadores eran superiores en número y fuerza.

Junto al cadáver de mi padre, esperé hasta bien entrada la noche que llegara gente conocida a nuestro rescate. ¡Cómo tardaban! Temía que los asaltantes subieran con sus cuchillos para

degollarnos a todos, pero no lo hicieron. Se fueron con la oscuridad, tan de prisa como habían venido. Los gritos y lamentos se apagaron lentamente, tanto como disminuía la hoguera en la locomotora. Del tanque de agua, escapaba ahora apenas un chorrito tibio.

Primero la quietud del campo, sólo alterada por el insistente “traca—traca, traca—traca” del convoy. La carrera del tren, armónica, uniforme, plácida con suaves bamboleos en las curvas. Corta los cerros, traza zig—zags, toma una recta, luego una curva; sube y vuelve a bajar. La locomotora se da impulso y bufa como toro salvaje echando blanca espuma de vapor por las narices, a cada empujón de su enorme brazo de acero sobre la rueda. Resuella antes de ganar velocidad; balancea sensualmente su cuerpo y lanza al aire su espesa y larga cabellera de humo.

Los pasajeros de clase “única” se apretujan en los pasillos y sobre los asientos de madera semejantes a los bancos de parque público, pero un poco más pequeños y angostos. Viajan entre los atados de verduras, mercancías, patos, gallinas, conejos y hasta perros y gatos, rumbo a la feria. Las cholas comerciantes lucen joyas de oro con incrustaciones de perlas y rubíes: largos aretes, gruesos anillos, macizos prendedores. Los cholos barrigones, con el sombrero de paño ceñido a la frente sudada, comen de todo y beben chicha de maíz.

De pronto la confusión. Los rostros se han transformado en una sola mueca de terror, ante el miedo de no saberse vivo o muerto. Estas son las imágenes que no me dejan dormir y provocan divagaciones.

Mi madre recibió una recompensa de la empresa. Le dijeron que era un gesto bondadoso de la gerencia porque no había derecho a beneficios sociales por causa de muerte. El funcionario que le entregó los cien pesos le dijo: “Lo siento doña Matilde, pero dentro de quince días tendrá que dejar la vivienda porque vendrá otro empleado con su familia.”

No había adónde ir. El ingeniero—jefe se compadeció y otorgó una prórroga de ocho días al cabo de los cuales nos regalaron los pasajes para mi madre, Natalia y yo, y nos embarcaron rumbo a La Paz.

Un día de julio

Esa montaña se parecía mucho a Loma Colorada, excepto por sus tres picos recortados en forma de cresta de gallo, cuando se los veía de perfil; pero de frente semejaban el lomo cenizo de una animal prehistórico agazapado sobre la tierra roja, con sus escamas y rugosidades cubiertas de musgo amarillo-verdoso.

Facundo López levantó la vista hacia la cima y vio que ella se movía elásticamente: adquiría la forma ondulada del resalto de un camello y luego se contraía en una sola giba, para estirarse enseguida como un enorme tentáculo rugoso que tratara de alcanzar algo sin lograrlo. Al rato, se contraía de nuevo y, perezosamente, recobraba su original figura de cresta de gallo.

El hijo de Facundo trepaba por la ladera cogido firmemente de las matas y deslumbrado por el titilar del sol sobre las diminutas láminas de mica incrustadas en las piedras y mezcladas con la arenisca.

Padre e hijo ascendieron hasta la cumbre y se asomaron a observar qué había al otro lado de la colina. Rodó una piedra mal pisada y al instante se levantó una bandada de gallinazos flacos y plumas descoloridas que se fueron a planear en círculos. Bajo las sombras de esos pajarracos morían, por instantes, los destellos de las piedras y volvían a brillar cuando se alejaban.

— Mira, papá

— ¿Qué?

— Atrás, allá abajo...

Por la ladera, ascendían cientos de soldados con sus uniformes verdeoscuro y sus cascos de acero. A Facundo le pareció que cada cacto se transformaba en un soldado y así crecía la tropa. Un disparo de fusil se perdió silbando entre los matorrales y levantó una nubecilla de polvo. Después, se oyeron unos gritos que parecían órdenes, pero que no se podían entender a causa de la distancia.

— Huyamos, parece que vienen por nosotros.

— ¿Por qué, papá?

— No lo sé, pero debemos huir. Vamos.

La montaña comenzó a extenderse hasta formar una inmensa planicie desierta, sin confines. Cuanto más corrían, más se alargaba la meseta. Facundo volvía la vista de rato en rato por encima del hombro y comprobaba que los soldados se iban aproximando. Se detuvo bruscamente, agitado, y encaró al teniente:

— ¿Qué quieren de nosotros? ¿Por qué nos persiguen? ¿Qué hicimos para ser acosados de este modo?

— Preparen las armas— ordenó el oficial.

— Espere, teniente, no disparen, podrían herir al muchacho. Si tienen orden de matarme, háganlo, pero sin arriesgar la vida de mi hijo. Es sólo un niño...

— Apártese. No es usted quien nos interesa. La orden ha sido precisa: “Hay que cortar la raíz, la raíz, la raíz”.

Una fila de soldados se interpuso entre Facundo y el niño como un pelotón de fusilamiento y recibió la orden: “¡FUEGO!”

Facundo despertó sobresaltado y confundido. Resonaban aún en sus oídos las palabras “Hay que cortar la raíz, la raíz, la raíz: ¡FUEGO!”

Abrió la ventana de su alcoba y sintió una ráfaga de aire frío que le obligó a cerrarla de prisa. Los techos de zinc parpadeaban a lo lejos con los primeros rayos del sol, de ese sol de julio que quema sin calentar; que extiende su brillantez sobre la Ceja de El Alto y avanza punzante sobre la inmensa hoyada paceña. Ese sol lame las mejillas y las deja llenas de paspa; agrieta la piel, seca los labios y corta los lóbulos de las orejas; entumece los huesos. Pero, a cambio, ilumina todos los confines, recorta nítidas las siluetas de los cerros, pinta el cielo de un azul marino impecable sin un asomo de nube; transparenta la atmósfera y resalta las formas y colores de las montañas del sur: las más lejanas, violeta; las más próximas, blanquecinas, y, entre ellas, los cerros rojizos, bronceados, verdosos, azulinos y anaranjados, cambiantes de tonos de una hora a otra.

Facundo sintió el irresistible impulso de abrir la puerta del dormitorio del pequeño Martín. Estaba plácidamente dormido, y esa comprobación lo tranquilizó, pero, no podía dejar de inquietarse por las escenas antes soñadas.

Tres horas después, a bordo del autobús, se oían melodías quejumbrosas del programa radial "La hora de las dedicatorias". Un trío peruano cantaba:

"Devuélveme el rosario de mi maaaaadre/
y quédate con todo lo demás..."

Aquí se interrumpió el programa para dar paso a una noticia de último momento, antecedida de un toque de cornetas y otros efectos radiales llamativos. El locutor dijo:

“Informaciones recibidas de Trinidad, a través de Radio Noreste dan cuenta del alzamiento de la Región Militar de ese distrito contra el gobierno constitucional. El cabecilla de la insurrección, coronel Clodomiro Shoroco, exige la inmediata renuncia de la presidenta, la clausura del Congreso y la entrega del poder al general Ponciano Tabla y Muro. En La Paz, el alto mando militar opina que se trata de un foco aislado, sin importancia y que será sofocado en las próximas horas. La presidenta de la nación ha convocado a una reunión de emergencia de su gabinete ministerial, que se realizará dentro de una hora. Seguiremos informando en cualquier momento”. Y siguió la música interrumpida, a todo volumen:

“... lo tuyo te lo entrego cualquier tarde/
no quiero que me veas nunca más....”

En el viejo reloj del Palacio Legislativo dieron once campanadas.

- Hola, Facundo.
- Qué tal, padre Arnaldo. ¿Se ha enterado de la última noticia?

— ¿De los preparativos del golpe? Ese tango se oye todos los días.

— Esta mañana se ha levantado la guarnición militar de Trinidad. Lo dijeron por radio.

— Sería una aventura loca, como la del primero de noviembre. Mientras nada pase en La Paz, podemos estar tranquilos.

Pero, pasó en La Paz: en la sede de la Central Obrera Boliviana, donde estaban reunidos los miembros del Comité de Defensa de la Democracia, de los Derechos Humanos, dirigentes obreros y campesinos y el joven líder socialista Fernando Montalbán, presididos por El Viejo, máximo dirigente de los trabajadores.

Pasó en la casa de gobierno, donde sesionaba el gabinete de ministros. Pasó en Radio Piedad y en el matutino Presente; en otras emisoras de radio y periódicos; en las fábricas y en la universidad.

En las calles y avenidas de la ciudad se multiplicaron los carros de asalto, tanques de guerra, jeeps y camiones. Los soldados ocuparon las azoteas, edificios en construcción, bardas y portones; escuelas y sindicatos, plazas y callejones. Se los veía pulular por los cerros, quebradas y riachuelos, con sus uniformes verdeoscuro y cascos de acero con movimientos de autómatas.

Primero, aparecieron ambulancias nuevas, con sus letreros: “Caja Nacional de Seguridad Social. Servicios de Emergencia”, pintados con letras azules, que se estacionaron en la acera de la COB. Descendieron hombres armados de metralletas. Iban vestidos de civil. Diez se colocaron a la derecha, otros diez a la izquierda y diez más detrás de los vehículos. Empezaron a disparar sobre el edificio. Una docena de paramilitares franqueó la reja y se introdujo en operación de asalto en el pasillo y las escaleras, disparando a diestra y siniestra.

— Todos, bajen todos con las manos en la nuca— ordenó una voz atiplada, pero enérgica —Y ustedes, sigan disparando a las ventanas, carajo, que no escape nadie.

Bajaron los dirigentes entre empellones, culatazos, puntapiés e injurias. Algunos rodaron las escaleras, se volvieron a incorporar y, a gatas, fueron introducidos en las ambulancias, tirados sobre el piso, boca abajo, unos sobre otros.

— ¡Mi teniente, mi teniente!— chilló uno de los hombres armados— ahí está El Viejo, lo tengo contra la pared....

— Métnlo en la movilidad— respondió el oficial— No es ese al que buscamos. Identifiquen a Montalbán y tírenselo.

El teniente vestido de civil como los demás retornó a la calle a impartir otras órdenes y vigilar que no escapen los detenidos.

Dentro del edificio, recrudecieron los disparos, estallaban los vidrios de las ventanas y se rompían los muebles. Dominada la situación, cesaron los disparos.

— Estoy desarmado, todos estamos desarmados, respeten nuestras vidas— se oyó la voz clara y firme de Fernando Montalbán.

Una ráfaga de metralla cortó sus últimas palabras. Cayó sin un quejido sobre los escalones de madera, junto a Pedro Huanca, dirigente minero. Un compañero trató de auxiliar a los caídos, pero recibió un tremendo culatazo en las costillas y también cayó por las escaleras.

Cuando ya todos los detenidos estaban dentro, las ambulancias partieron velozmente rumbo al Estado Mayor General, precedidas de un jeep verde que llevaba los cuerpos de Montalbán y Huanca, custodiados por seis hombres.

En la Redacción del periódico Presente, Facundo contó lo que había visto desde la acera opuesta.

— Sí, sí. Se han llevado detenidos a todos los dirigentes, pero han matado a Fernando

Montalbán y a un sindicalista minero— así comenzó el relato de lo sucedido en la sede la COB uno de los reporteros, con la voz quebrada y temblando.

— ¿Qué pasó con El Viejo?— preguntó el fotógrafo.

— Vi que lo subían a una ambulancia. Parece que no les interesa mucho. El tipo que comandaba las acciones mencionó algo así como que había que matar la raíz. Sí, eso dijo —recordó el reportero.

— No tardarán en llegar aquí, con la bronca que le tienen al periódico —dijo el jefe de redacción.

Facundo descolgó el teléfono que sonaba insistentemente. Se puso serio y colgó.

— Acaban de asaltar el palacio de gobierno y están destruyendo Radio Piedad— les informó.

— ¡Vámonos! Cierren todo y vámonos— ordenó el director de turno.

En la calle desierta, Facundo abordó la “cucaracha” Volkswagen del fotógrafo, con destino a Miraflores. Por una bocacalle de la So-cabaya, se pasaron la luz roja dos ambulancias

que llevaban detenidos a los ministros capturados en palacio de gobierno.

— “Hay que cortar la raíz, la raíz, la raíz...” murmuró Facundo.

— ¿Qué dices, hermano?— preguntó el fotógrafo.

— Nada... Pensaba en voz alta.

Los enconados

I

La primera vez que los vi, descendieron de los camiones haciendo rechinar las viejas carrocerías de madera. Eran tantos que nunca terminaban de bajar.

Estaban cubiertos de sombreros negros, manchados de polvo y sudor que, al quitárselos dejaban libres cabezas de pelos erizados como lomo de puercoespín. Traían odio en la mirada y una edad indefinible en el rostro; llevaban fusiles "Mauser" en bandolera.

El jefe del Comité Político los reunió en la Plaza Principal y les dijo: "Debemos marchar a la

ciudad para castigar a los reaccionarios que pretenden nuevamente derrocar al gobierno del Compañero Jefe. Ayer, han atentado contra la vida del Unico Líder obrero. Esto pide venganza. Hay que sentarles la mano.”

Por eso vinieron con sus fusiles y cien cartuchos cada uno. Al embarcarse, les dieron un litro de alcohol “Venado” y un viático de 20 pesos diarios.

— ¿Cómo reconoceremos a los reaccionarios?— preguntó uno que iba por primera vez en esos reclutamientos.

— Visten terno y corbata— respondió el dirigente.

— Y, ¿cualquiera que vista así es un enemigo de la Revolución Nacional?— volvió a preguntar. El cabecilla se rascó detrás del cuello y como si ya lo hubiera pensado bien dijo:

— Sí, compañero, cualquiera que vista así es un enemigo y hay que acabar con él.

Bajo las pisadas de aquellos hombres que iban en todas direcciones, amontonados, tronaban las semillas secas de los eucaliptos. Las puertas y ventanas de las casas se cerraban y echaban cerrojo por dentro. En grupos de a veinte, fueron tomando posiciones en las bocacalles, para evi-

tar una manifestación universitaria anunciada para esa hora de la tarde. El que estaba más adelante gritó: “¡Alto!” y como el otro no obedeciera, hizo un disparo al aire. Se le juntaron sus compañeros.

— Ese que ha dado vuelta la esquina debe ser un reaccionario. ¡Agárrenlo!— ordenó el hombre que había hecho el disparo. Todos corrieron tras él y lo alcanzaron. Cuando el perseguido se volvió y quiso decirles algo, le asestaron un golpe en el cuello que le hizo saltar las gafas.

— ¡Esperen... Escúchenme!— pudo gritar aferrándose a un árbol con una mano y tratando de protegerse de los golpes con la otra. Una lluvia de culatazos le cayó encima. Uno de los enconados lo levantó tomándolo de las solapas; otro le arrancó la corbata para conservarla como prueba de que el tipo era enemigo de la Revolución Nacional Antiimperialista y Antifeudal, tal era el rótulo completo. Saltaron los botones de la camisa. El hombre trató de balbucear algo, pero sólo pudo escupir un coágulo y algunos dientes. De los ojos semicerrados por la hinchazón le chorreaban hilos de sangre que manaban de una cortada profunda en la frente.

— De una vez, hay que despachar a este carajo al otro mundo— dijo uno del grupo.

— Sí, de una vez, pero para que vean todos vamos a fusilarlo en aquella esquina.

Se lo llevaron a rastras hasta el ángulo de una pared de adobe. El hombre opuso aún sus últimas esperanzas de vida. En el forcejeo, alguien le desgarró el bolsillo interior del saco, de donde saltaron papeles y una billetera. Ya iban a fusilarlo, cuando a uno que sabía leer y escribir se le ocurrió mirar entre las cosas desparramadas. Recogió del suelo un carnet que acreditaba al sentenciado como “Secretario General de la Célula de Abogados del Partido de la Revolución Nacional Antiimperialista y Antifeudal”. Además, se anteponía al nombre el título de “Doctor”.

— ¡Un momento, un momento!— se interpuso el hombre papeles en mano, entre el herido y el pelotón de fusilamiento. —Escuchen. Casi nos equivocamos, este hombre había sido compañero del partido. Déjenlo nomás, que se vaya.

Otra vez, sitiaron el edificio de la universidad, encabezados por un alto jefe militar, el ministro de Gobierno y el alcalde municipal. Adentro, mil trescientos estudiantes aguardaban el resultado de las negociaciones entre una comisión de dirigentes universitarios y las autoridades, con la mediación del obispo auxiliar y un cura periodista.

Cerca de la medianoche, los enconados ya habían bebido más de la cuenta, mientras esperaban la orden de asalto. Detrás de los árboles y de un monumento de piedra; apegados a las paredes, acurrucados en las puertas de calles, agazapados entre los arbustos, se pasaban de mano en mano botellas de pisco y puchos de cigarrillos. Cayeron unas cuantas gotas de lluvia, pero el viento se llevó la cascada amenazante entre truenos y refucilos detrás de las montañas del sur.

— ¡Retirada sin vencedores ni vencidos!— gritó una voz a través de un megáfono desde el atrio de la universidad. El pregonero hablaba y giraba el cuerpo a izquierda y derecha para que todos lo oyeran. Con la mano izquierda agitaba un pañuelo blanco. Los sitiadores se incorporaron silenciosamente, con las armas preparadas.

Los portones del edificio se abrieron para la salida de los estudiantes y de inmediato comenzó

II

el asalto. Una multitud de sombras se descolgó por los muros, ingresó en los jardines, se metió por los huecos que quedaban de los vitrales rotos y se coló por la puerta falsa del Paraninfo. Llegaron grandes camiones del Comité Político y se llevaron a los universitarios detenidos para que rindieran cuentas ante el temible jefe que ostentaba apellido de santo.

La verdadera orden era desalojar a los estudiantes revoltosos y arrestarlos, preferentemente sin bajas. Los enconados ocuparon todas las instalaciones y las requisaron palmo a palmo, en busca de armas y literatura subversiva.

Un grupo penetró en la biblioteca central, después de vencer la resistencia de sus pesadas puertas a culatazos y con la ayuda de un barreno.

— Aquí tienen que estar las armas. Revisen hasta el último rincón— ordenó un oficial de ejército. Los civiles obedecieron. Fueron encendidas todas las luces y, frente a los hombres semiborrachos emergieron las miradas severas de Franz Tamayo y Alcides Arguedas desde los enormes cuadros colgados en una de las paredes.

— Estos deben ser el rector y vicerrector, *¡extremistas de mierda!*— vociferó el que había dado la orden de requisa. Al hombre que tenía más cerca, le arrebató la metralleta y descargó todos sus proyectiles sobre ambos retratos. Va-

rios orificios formaron un triángulo en la fotografía de Tamayo. Dos líneas paralelas de agujeros quedaron como dibujando una banda de condecoraciones en el retrato de Arguedas, que se inclinó un poco hacia la derecha. El otro cuadro quedó inmóvil, como remachado a la pared. El resto de la descarga hizo añicos los vidrios de un estante y perforó el reloj eléctrico. Comenzó la requisa:

Con cada sacudón de las estanterías, saltaban los libros como aves alborotadas. Algunos pasaban cerrados y se estrellaban con otros. Aquéllos alcanzaban vuelo corto y caían sobre los muebles y el piso con el lomo quebrado. Estos hundían sus blancos vientres, incapaces de incorporarse, bajo los pies de los inspectores de armas. Un libro pequeño, de la colección "Crisol", de Aguilar, cayó encima de la cabeza del oficial que comandaba el grupo. Un puntapié lo mandó lejos.

No quedó sitio sin examinar. Destriparon los cojines, abrieron los tapices de los muebles con las bayonetas; rasgaron las cortinas y rompieron las cerraduras de los escritorios; vaciaron los cajones, estantes y vitrinas. El piso de madera fue levantado... ¡Nada! Los requisadores tenían en la *cara un gesto de frustración e ira. Apagaron cigarrillos sobre las hojas de los libros; escupieron un líquido verdoso y se orinaron en los rincones, entre blasfemias y amenazas.*

II

el asalto. Una multitud de sombras se descolgó por los muros, ingresó en los jardines, se metió por los huecos que quedaban de los vitrales rotos y se coló por la puerta falsa del Paraninfo. Llegaron grandes camiones del Comité Político y se llevaron a los universitarios detenidos para que rindieran cuentas ante el temible jefe que ostentaba apellido de santo.

La verdadera orden era desalojar a los estudiantes revoltosos y arrestarlos, preferentemente sin bajas. Los enconados ocuparon todas las instalaciones y las requisaron palmo a palmo, en busca de armas y literatura subversiva.

Un grupo penetró en la biblioteca central, después de vencer la resistencia de sus pesadas puertas a culatazos y con la ayuda de un barreno.

— Aquí tienen que estar las armas. Revisen hasta el último rincón— ordenó un oficial de ejército. Los civiles obedecieron. Fueron encendidas todas las luces y, frente a los hombres semiborrachos emergieron las miradas severas de Franz Tamayo y Alcides Arguedas desde los enormes cuadros colgados en una de las paredes.

— Estos deben ser el rector y vicerrector, ¡extremistas de mierda!— vociferó el que había dado la orden de requisa. Al hombre que tenía más cerca, le arrebató la metralleta y descargó todos sus proyectiles sobre ambos retratos. Va-

rios orificios formaron un triángulo en la fotografía de Tamayo. Dos líneas paralelas de agujeros quedaron como dibujando una banda de condecoraciones en el retrato de Arguedas, que se inclinó un poco hacia la derecha. El otro cuadro quedó inmóvil, como remachado a la pared. El resto de la descarga hizo añicos los vidrios de un estante y perforó el reloj eléctrico. Comenzó la requisa:

Con cada sacudón de las estanterías, saltaban los libros como aves alborotadas. Algunos pasaban cerrados y se estrellaban con otros. Aquéllos alcanzaban vuelo corto y caían sobre los muebles y el piso con el lomo quebrado. Estos hundían sus blancos vientres, incapaces de incorporarse, bajo los pies de los inspectores de armas. Un libro pequeño, de la colección "Crisol", de Aguilar, cayó encima de la cabeza del oficial que comandaba el grupo. Un puntapié lo mandó lejos.

No quedó sitio sin examinar. Destriparon los cojines, abrieron los tapices de los muebles con las bayonetas; rasgaron las cortinas y rompieron las cerraduras de los escritorios; vaciaron los cajones, estantes y vitrinas. El piso de madera fue levantado... ¡Nada! Los requisadores tenían en la cara un gesto de frustración e ira. Apagaron cigarrillos sobre las hojas de los libros; escupieron un líquido verdoso y se orinaron en los rincones, entre blasfemias y amenazas.

Después, juntaron los libros que estaban en el suelo y se los llevaron al patio del fondo para hacer con ellos una hoguera, junto a la cancha de básquetbol en construcción. Necesitaban calentarse y calentar las latas de té con té para pasar la noche, vigilantes.

Bosque enmarañado

Los cuerpos se desvanecieron en el aire con los primeros rayos del sol y en su lugar quedaron manchas amarillas, con un fuerte olor a hierba chamuscada. El capitán estaba muy preocupado por la explicación que daría a sus jefes cuando lleguen con los periodistas y camarógrafos de televisión, y le pregunten: “¿Dónde están los cuerpos de los guerrilleros? El asunto era muchísimo más grave, porque estaban ahí los cadáveres y cuerpos heridos de sus soldados; del enemigo, sólo esas manchas...

Y llegaron los jefes militares, con una enorme comitiva. El capitán se apresuró a presentar los saludos de reglamento. Se puso entre el coronel y el general rumbo al campamento. La

multitud de funcionarios y periodistas seguía detrás.

El silencio era total. No había soldados de guardia, ni heridos ni muertos, y en el lugar de las manchas amarillas el bosque se había enmarañado.

No un piropo cualquiera

La clase de Lenguaje, ese mediodía, duró más de lo habitual, pero a diferencia de las anteriores, fue divertida, ya no se habló del orden sintáctico ni de cómo se sustituye el participio pasado por un sustantivo para eliminar la voz pasiva; no. Esta vez, el maestro explicó sencillamente cómo en las lenguas romances hay expresiones más adulonas que en otras, como el alemán o el sueco.

Nos tuvo entretenidos con eso de que un hombre de nuestra cultura latina puede usar palabras por demás zalameras para deleitar los oídos de una mujer, ya en plan de conquista, ya por mero alarde de muy macho o simplemente por hacerse el chistoso.

En español —dijo el profesor— se denominan a esas expresiones con las palabras piropo, requiebro, lisonja, floreo y otras. Se dice que no hay latinoamericano —tal vez por herencia cultural— que no exhiba ante una mujer una buena dosis de galantería y que no tenga a flor de labios algo con qué alabar la belleza y el donaire femeninos; con frecuencia, hasta la exageración.

Un buen piropo, elegante y oportuno, enciende la vanidad de la destinataria, le sonroja las mejillas, le hace entornar los ojos y le arranca, a veces, un suspirillo de satisfacción. En pocas palabras, la hace sentirse en las nubes. Pero, —continuó el maestro— hay otras lisonjas, entre comillas, dichas en calles y plazas por pura majadería; las hay inoportunas y ordinarias, que encienden la cara de la susodicha, pero de indignación, como cuando un muchacho le dijo a una feuquita: “Oye, ¿de qué circo te escapaste?”

Cuando una persona ve a otra, de mucho tiempo, acude a la expresión de la cultura adoptada: “Dichosos los ojos que te ven”, frase tantas veces repetida oralmente y por escrito que ya casi no llama la atención por haberse convertido en un cliché o barniz opaco.

Estas cosas iba recordando de la clase de Lenguaje esa tarde soleada de marzo, rumbo a Chijini, por la empinada calle Santa Cruz. Delante iba una cholita no mayor de 20 años, aguayo

a la espalda y con el sombrero “bombín” ladeado sobre la trenza izquierda. En la misma dirección, reptaba fatigosamente un desvencijado colectivo aplastando sus gomas sobre el empedrado. Del racimo de gente que iba en la pisadera, asomó la cabeza de un joven nativo, de nariz aguileña. Miró hacia atrás, calculó la velocidad de la máquina y dio un salto sobre la acera, frenando el impulso con sus gruesas ojotas de caucho. Corrió hacia la joven y abriendo los brazos, exclamó:

— ¡Santusa, Santusita....!

— ¡Ceferino! —dijo la sorprendida veintañera.

— ¡Dichosos il ojo qui ti mira, Santusita!

Con latín, ¡Ampe!

El hombre se acercó a la doliente, sombrero en mano. Caminaba en cámara lenta. Traía sobre el rostro de arcilla una tristeza congelada. Le dijo, con estudiada ceremonia:

— Te lo rezaré risponso para su alma del dijunto...

— Para Jacinta Mendoza— respondió la chola enlutada, gorda y cuarentona sin fijarse en quien le hablaba, ocupada como estaba en cortar los largos tallos de nardos, agapandos e ilusiones.

— Jacinta Mindozza, alma bindita...— repitió solemnemente el hombre, levantando los brazos, sin soltar el sombrero. Le seguían en su invoca-

ción una que bien podía ser su mujer y otra que parecía su hija mocetona. Ambas se cubrieron la cabeza con mantos negros raídos.

Ya iban a entrarle de lleno al responso, con uniforme expresión de circunstancia fúnebre, cuando el jefe del trío se acordó de poner algo en claro. Por un instante, se le borró la cara de congoja con que llegara y adquirió una expresión de comerciante que sabía su oficio. Preguntó:

— Mama: ¿quieres risponso con latín? ¿O así nomás?

— Con latín siempre pues, ¡ampe!— esta vez la mujer lanzó una mirada fulminante y continuó arreglando el florero.

Retomó el hilo donde lo había dejado. Las mujeres le hicieron coro:

— Jacinta Mindoza, alma bindita... —se puso a recitar oraciones en aymara y medio castellano, intercalando muy de prisa, con los ojos entornados y esta vez de rodillas: —Riquiscatipachi, Riquiscatipachi, Riquiscatipachi— (Requiescat in pace). Concluyó el responso de este modo: Tintashon, tintashon... lirbranos shempre... Tiamamos, tiadoramos... lirbranos shempre tintashon, tintashon... —

El hombre y las dos mujeres inclinaron la cabeza, reverentes y se dirigieron a la gorda que acababa de poner las flores en el nicho:

— ¡Que se reciba....!— dijeron

— ¡Que se reciba!— respondió la doliente y sintió un enorme alivio al haber hecho rezar un responso ante el nicho de su madre. Se acomoda ahora en posición de Buda sobre el suelo húmedo y reparte entre los resposeros “Thanta guaguas” y masitas. Paga también algo de dinero y el trío se retira por los estrechos callejones del cementerio, sorteando charcos y adelantándose a los competidores.

— Te lo rezaré risponso para su alma del dijunto....

— Para Candelario Simbrón— le contesta ahora un anciano picado de viruela.

Y sigue el asunto con muy buenas perspectivas, porque son apenas las diez de la mañana del Día de Difuntos.

Las voces del insomnio en un país "relocalizado"

Domingo Pedraza, en la penumbra de su cuarto—dormitorio, cuarto—cocina, cuarto—de baño, cuarto—de todo, recibe, no puede impedirlo, la visita del inoportuno insomnio. Se le caen los párpados, pero la mano invisible del visitante se los vuelve a levantar. Le horada la cabeza y se instala, con su proyectora de imágenes, en medio del cerebro:

Una ráfaga de metralla, el diputado muerto; tres guaguas y una joven viuda amarradas al desamparo.

Ni un peso en el bolsillo para el pan de mañana. Desocupado por arte de la "relocaliza-

ción”; del trabajo (localizado), a la cochina calle (“relocalizado”).

Ni al científico botánico respetaron, o lo confundieron con un policía, en su culpable nerviosismo. Otra víctima inocente, pero no la última.

Escaso servicio de transporte público para las largas filas indias en las esquinas, bajo la lluvia, con el viento de frente y por la espalda; con el hambre adentro y la humillación afuera, pero... muchos Mercedes Benz, muchos Volvos, muchos BMV sin placas, sin documentos, sin respeto a los semáforos.

La crisis, la crisis, la crisis... No hay aumento salarial para nadie, para los diputados sí, pero no se rompe la regla, porque lo que reciben no se llaman salarios sino “dietas”.

Se abren clubes nocturnos a cada paso: “La Gata”, “La Miel”, “Coral”, “Jankanou”, “Jet-Set”, y whiskerías ni que se diga. Los diarios están llenos de avisos de “strip-tease” y “top less”, con fotos de unas viejas a cuales más feas y gordas; los cines de porno barato también aumentan. Y no hay plata, pero hay mucha plata.

Coca-Cola, un millón de pesos con tapitas del Pato Donald; la leche, a mitad de precio.

Nadie toma leche porque el Pato Donald prefiere “la chispa de la vida” aunque carcoma las muelas, y al pato qué le importa si no tiene dientes...

No hay un peso en el bolsillo, mañana sacaré el de la camisa y coseré los del pantalón, pero no tengo para comprar hilo ni aguja; entonces, dejo nomás los bolsillos como están. Algún día se llenarán con el salario justo.

Domingo Pedraza contempla ya la mañana en el sol que se despedaza sobre el vidrio roto de su cuarto—de todo.

— Los destellos de esperanza, Domingo, —se dice a sí mismo— vencen siempre a la penumbra.

Eso nunca pasó...

Con paso tímido, como si flotara, la mujer se acercó al mostrador de la pulpería y extendió la libreta de avío. El encargado la miró hostilmente, por encima de sus anteojos de carey y le preguntó:

— ¡Qué quieres!

— Arroz, frijol, manteca...— No alcanzó a completar su pedido.

— ¡Fuera de aquí! No se despacha nada mientras siga la huelga. Ni un grano de arroz, ni una pizca de manteca. ¡Fuera de aquí!

Dos obreros vieron cómo fue lanzada a la calle, a empellones. Uno de ellos le dijo que no debía tratarse así a una mujer indefensa y que nada tenía que ver con el asunto de la huelga. El otro ordenó que le diera las provisiones que había pedido. El tendero se rió, les mentó la madre y amenazó con sacarlos a golpes.

Así comenzó la fama de la Tienda de Raya de Río Blanco, extendida por todas partes, contada de boca en boca, escrita en los diarios, reproducida en libros y folletos, y convertida en películas, porque el tendero murió de un balazo en la frente mientras golpeaba a uno con un mango de picota. Después, vinieron los soldados del gobierno y sofocaron la huelga matando a cuatrocientos obreros. Al día siguiente, el diario oficial publicó este título en primera página “Así se gobierna”.

— Esto pasó hace ochenta años, en un país que tuvo una revolución muy larga y muy sangrienta— le dije al viejo rentista minero que oía imperturbable la historia. Me miró con sus ojos bondadosos y meneó la cabeza varias veces.

— No, amigo, no... Eso nunca pasó; sigue pasando— dijo.

— Dos obreros y otros como fue llamada a la
caja y empelona. Uno de ellos le dijo que no
debía ir a trabajar así a una mujer indefensa y que
había que ver con el asunto de la huelga.
El otro ordenó que se diera las provisiones que
había pedido. El tendero se rió, le mencionó la
madre y amenazó con sacarlo a golpes.

Así comenzó la tarea de la Tienda de Raya
de Elfo Blanco, extendida por todas partes, conta-
da de boca en boca, escrita en los diarios, repro-
ducida en libros y folletos, y convertida en pellicu-
las, porque el tendero murió de un balazo en la
cabeza mientras golpeaba a una con un mango de
piedra. Después, vinieron los soldados del go-
bierno y se llevaron la tienda a un lugar a con-
servarla.

“EL TIEMPO DE LO COTIDIANO”,
se terminó de imprimir el 20 de oc-
bre de 1987, en los Talleres Gráficos
de Editorial “Gamma Impresión”.
La Paz - Bolivia

— Este pasó hace ochenta años, en un país
que tuvo una revolución muy lenta y muy sang-
rienta — le dijo al hijo — cuando yo era
una imperiosa la historia. Me miró con sus
ojos bonitos y me dijo la calza y las cosas.

— No, amigo no. Ese nunca pasó; es un
pasado — dijo.

editorial e imprenta

Gamma Impresión



Calle Santa Cruz 339
Tel. 367913